



R. 901

499
—
446

Olimpia y Feófilo.

En un se ve hoy en dia cerca de las riberas del Vexera, á lo último del Lemorin, una casa de campo, tan solamente notable por su antigüedad y por la belleza de su situacion, rodeada de prados cubiertos de ganado; está edificada sobre la loma de un acodina, desde la qual se descubre el rio y la bonita Ciudad de Vexerche en prospectiva, formando á esta distancia una vista tan singular como grata.

En esta soledad fué donde el Baron de Soligni, ^{muerto} ya desde algunos ^{años}, se ocupaba solamente en la educacion de un Hijo único y querido. Habia el Baron, ^{pasado} su juventud en el mundo: naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho mas que su inclinacion, le habia apartado de él, por que habiendo disipado la mayor parte de sus bienes, se habia resuelto enfín á retirarse á su casa. Mas con todo tenía sensibilidad, ~~amaba~~ amaba á su hijo, y Feófilo (que este era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometia de servir de todo á su

padre, y de hacer su vida feliz. el Baron tenia por amiga
intima á una de sus vecinas llamada Eufrasia. Feófilo, que
veía casi todos los dias á la jóven Olimpia, sobrina de Eufrasia,
la tomó una inclinacion que su padre vió nacer con gusto.
era Olimpia huérfana y sin bienes, pero Eufrasia no tenía
herederos forzoso, y el Baron no ignoraba que estaba determinada
á dexar toda su hacienda á su sobrina. Olimpia tenía
dos años menos que Feófilo: luego que hubo cumplido diez
y seis, el Baron declaró á Eufrasia sus ideas, y aquel mismo
dia Olimpia y Feófilo supieron que su casamiento estaba concer-
tado. de allí á quince dias se firmó el contrato, y Eufrasia
se obligó gustosa á dexar todos sus bienes á una sobrina que en
tanto extremo amaba. Lleno de gozo esperaba Feófilo
con la mayor impaciencia el dia de su casamiento. era ama-
do, y lo rabia, porque en presencia de su padre y de Eufra-
sia habia obtenido de Olimpia, esta declaracion tan pre-
cisa para su ventura.

Llegó finalmente el dia feliz en que Feófilo y la
amable Olimpia debian unirse para siempre; aquel mismo
dia cayó mala Eufrasia, y al quanto de su enfermedad

recibió el Baron una carta de París, en que le decían que un pariente muy remoto, aunque de su mismo nombre, acababa de morir, después de haber hecho testamento, por el qual le nombraba su heredero universal. este suceso que hacía al Baron dueño de una fortuna quantiosa, le obligaba á marchar sin dilacion á París. era imposible hacer el casamiento de Olimpia y Teófilo antes de su marcha, por que Eufrosia estaba delirando desde dos dias antes, y así no podía firmar los articulos. precisado Teófilo á acompañar á su padre manifestó un dolor tan grande y verdadero, que el Baron para consolarle suplicó á la triste Olimpia que le escribiese. un padre añadió, se lo replica á vñ. y se lo pide por su esposo. Olimpia llorando prometió darle noticia de su fia, y por su parte el Baron se obligó á no detenerse en París mas que seis semanas, y marchó aquel mismo dia con Teófilo. Llegado el Baron á París tomó posesion de una magnífica casa, y de una rica herencia; y en breve tiempo el amor propio supo persuadirle, que solo á su merito debía las pruebas de cariño que le tributaban. Teófilo pensando solo en Olimpia esperaba con impaciencia el efecto de sus promesas: le habia prometido escribirle, y no obstante no llegaba aquella carta tan deseada. Recibió el Baron finalmente noticias

14
del Lemorin: le decían que Eufrosia havia muerto sin volver
en su acuerdo, y sin haber hecho testamento, por lo qual la
infeliz Olimpia se hallaba reducida á una corta pensión
apenas suficiente para su subsistencia, y que se habia retirado
á un Convento de Fulle. Luego que Teófilo supo esta noticia
suplicó á su padre encarecidamente concluyese lo mas breve
que le fuese posible sus negocios para volver al Lemorin,
añadiendo que las desgracias de Olimpia hacian que la ama-
se mucho mas. el Baron manifestó aprobar su pensa-
miento, y le prometió apresturar su partida.

al punto escribió Teófilo á Olimpia ^{una carta} llena de amor y de
respeto, y la acababa prometiéndola que antes de un mes
estaría á su pies. no había estrañado Teófilo que Olimpia
en los primeros instantes de su dolor no le hubiere escrito
pero quinze dias despues de este acontecimiento, no teniendo
noticias de Olimpia, se entregó á las mas crueles inquietudes.
el Baron le consolaba un poco, asegurándole que iba á fina-
lizar sus asuntos. Un dia que Teófilo, mas afligido que
nunca, estaba solo encerrado en su quarto, entro el Baron,
y sentandose junto á él con rostro ^{grave} acabo de recibir, le dió
noticias de Olimpia. al oir estas palabras Teófilo, enage-

5

nado de gozo quiere tomar una carta que su padre tenía en la mano. Espera un poco, dice el Baron, modera esa impaciencia, las noticias que te he dado no son nada gustosas...— ¡Oh Cielos! ¿está mala Olimpia? — No, goza de cabal salud; pero ya no es digna de tu amor... ¡Ella! ¡Olimpia! no, no: es imposible que lo que me escribe un hombre respetable, y cuya probidad te es notoria. diciendo esto el Baron enseña á su hijo la letra y firma de un caballero del Lemorin, cuyo testimonio en efecto no le podía ser sospechoso, después leyó el Baron el artículo de la carta concerniente á Olimpia, que decía así:

“Puesto que vñ me pregunta la verdad con toda confianza, debo decírsela sin disfraz alguno. Confieso que la Señorita por quien vñ. pregunta se porta con una impudencia muy dañosa á su reputación. Cuando murió su Fia tomó la prudente determinación de retirarse á un convento; pero ha salido de él al cabo de quince dias para ir á vivir en casa de una amiga con quien se trata en Vexorhe, la qual casada dos años hace, vive en una posesión que tiene en las inmediaciones de Fulle. La tal no tiene veinte años, y por desgracia ha sido el objeto de varias historias publicas y escandalosas, por lo que n

tiene muy buena fama; además tiene un hermano, mucha
no presentuoso, cuya compañía no puede convenir á una
Señorita que ama su reputación. Pero todo esto no
no debe tenerse por delito grave: nadie duda que la
Sobrina de la virtuosa Eufrosia tenga buenos principios
y sólida virtud. Su inconsiderado proceder se atribuye
bueno solamente á su inocencia misma, á la falta
de experiencia, y al culpable abandono de su Tutor
que la dexa dueña absoluta de todas sus acciones; pero
si vñ. escribe acerca de esto, estoy cierto que al punto
cederá á las justas representaciones que puede hacerla por
razon del mutuo enlace que está para concluirse, y
todo estará remediado si la Señorita vuelve prontamen-
te á su convento, porque puedo asegurarle á vñ. que
hasta ahora no se ha visto en su conducta mas que un
poco de ligereza y una imprudencia muy digna de
excusa en su edad."

Esta carta destruyó el corazon de Teófilo: sobresaltado, turbado por los zelos veia un rival peligroso en el
Hermano de la amiga de Olimpia. No obstante, dis-
simuló la inquietud que le atoraba, y afectó manifestar
la mayor confianza. Sin embargo no es todo lo que has

visto, le dixo su padre: la carta que acabas de oír leer es de un hombre circunspeto, que no dice todo lo que sabe. Et qué hay otra de mi mayordomo que se explica sin rodeos, y que me avisa que tienes un rival; que Olimpia no puede ignorar una pasión conocida de todos, que la autoriza permaneciendo en casa de su amiga y en fin, que el Hermano de ésta se ha alabado públicamente de que Olimpia le había sacrificado todas tus cartas.

Es un impostor, exclamó Feófilo: jamas creeré que Olimpia quesea capaz de semejante perfidia... Es inconstante, replicó con serenidad el Baron, pero no es perversa; no quiere engañarte: no ha respondido ni á tus cartas ni á las mías, este silencio explica bastantemente su mudanza.... No, interrumpió Feófilo, no me engañarán falsas apariencias... Olimpia está inocente... la calumnian; yo debo vengarla: déxeme vñ. marchar padre mío, yo me muero aquí, permítame que vaya á explicarme con ella; quiero oírla, quiero castigar al atrevido.... al monstruo que se atreve á manchar su reputación.

En tanto que así hablaba el infeliz Feófilo derramaba un mar de lagrimas: el exceso de su dolor hacia patente el furor de sus zelos. Su padre que leía facilmente todo lo que lo que pasaba en su alma, manifestó tenerle

lástima y enternecerse. Enríquenos, te diré, un propio á Tulle, llevará tu carta y esperará la respuesta. Si esta respuesta no te satisface entonces te permitiré que rayas; solo esto te pido. Teófilo vino en ello, aunque de mala gana.

Al punto escribió la ^{carta} mas circunstanciada; en ella instruí á Rimpia de todo quanto se decía en contra suya. una palabra sola te decía puede justificarla á vñ. : quédate si gusta en casa de su amiga, pero dignese decirme que está pronta á cumplir la sagrada promesa que nos liga, y seré el mas feliz de los hombres.

Aprobó el Baron esta carta, y al punto la hizo marchar. en fin, aquel correo, cuya vuelta esperaba Teófilo con tanta impaciencia, aquel correo depositario de su destino volvió al cabo de ocho dias. Yba á acostarse Teófilo quando oyo un latigo de porta, se estremece, y rueda al quarto de su padre: de allí á un instante entra el propio en el quarto. ¡Y bien, te dice Teófilo, tu es respuesta?— Sí Señor.— dáme la pues.— Señor no es para vñ....— ¡pues cómo?— es para el Señor Baron. Entonces entrega el correo al Baron una carta, y un caja, y se va. ¿qué significa esto? dice el Baron como asombrado.... ¿que contendrá esta caja? no respondia Teófilo, inmóvil y tré-

2
mulo no se atrevia á decir á su padre que abriese la carta.
Rompe el Baron la nena, ábrela, y lee en voz baja.
Teófilo, fijos los ojos en ^{el} rostro de su padre, se estremece al ver
el espanto é indignacion que manifestaba. ¡Oh cielos! exclama
con voz interumpida, ¿qué le dice á vñ.? — ¡Ay hijo mio,
ármate de valor! mas qué digo! no te necesitarás: ¿acaso po-
drías llorar un objeto tan despreciable?... A estas palabras
Teófilo casi mortal se deja caer en una silla, y tomando
la fatal esquela que su padre le presenta, se le amasan los
ojos en lagrimas al conocer la letra y firma de Olimpia.
¿pero quién podrá expresar lo que sintió al leer lo siguiente?

“Puesto que ahora se me dexa la libertad de disponer de
“mi misma, debo declarar á vñ. sin rodeos, que sola la obediencia
“me obligaba á formar un lazo que no hubiera podido hacer
“me feliz. Esta declaracion nos dexa libres á entrambos,
“devuélvete á vñ. los regalos que mi querida y respetable tía
“me mandó aceptar.... quedo de vñ. con el mayor respeto
“y veneracion, &c. = Olimpia.”

Leida esta carta Teófilo estuvo callando un gran rato, y
despues mirando á su padre, como fuera de juicio: yo me
vengare, exclamó, sí, yo me vengare.... — ¿de qué modo? —

¿de que modo? ¡justo cielo! tengo un rival, morirá á mis manos!....— Sin duda ^{quieres} ~~tenes~~ un, rival amado, ¿pero qué te importa? ¿no ~~debes~~ debes despreciar y olvidar para siempre una mujer indigna de tu amor?— Sí, yo la desprecio, la aborrezco, la olvidaré sin trabajo; sería en efecto el hombre mas despreciable del mundo si la conservase el menor cariño... ¡Oh traidora, baxo un rostro tan divino, con aquel aire de inocencia y de candor ocultar una alma tan falsa!....— Vuelvo á decirte que no te engaña; no te ama y lo dice sin disfra... Pero me amaba, me lo ha dicho.... Padre mio, yo estoy cierto de que me amaba.... la han seducido, la han engañado, quizás ella misma se engaña en lo que escribe; ¡oh, si yo pudiese verla y hablarla!.... Díceme Vm. padre mio, ir á que la vea y oiga!....— Toma, insensato, esa carta, vuélvela á leer, y avergüénzate de una pasión que en adelante no puede sino envilecerte.— ¡Oh padre mio! yo estoy loco, no sé adonde estoy, téngame Vm. lástima, quíeme y no me abandone.

Toda la noche la pasaron juntos el Baron y el desventurado Teófilo. éste no se acostó sino al amanecer, pero

no halló en la cama el sueño, y todo el día y noche siguiente se mantuvo solo en su quarto, á causa de tener el Baron gentes á cenar. al día siguiente se vió á solas con su padre, y prometiéndole dridar á Olimpia no hablaba sino de ella, unas veces la pintaba con los coloridos de un monstruo digno de todo su odio, otras procuraba disculparla, y quería conservarla á lo menos un resto de estimacion.

No omitia su padre medio alguno para destruirle de su pena. Le llevaba á menudo á casa la Condesa de Lisbe, en donde se juntaba una lucida corte. Tenia la Condesa una hija de edad de diez y siete años, cuya hermosura y gracias alababa el Baron continuamente. Sin embargo, la Condesita de Lisbe no era bonita; pero el sumo cuidado que ponía en adornarse, manifestaba el vivo deseo que tenia de parecerlo.

Hablaba mucho, reia á menudo, bailaba bien, se sabia además que tenia maestros de todas clases; todo esto era mas suficiente para que los amigos de la casa dixesen que la Condesita era bonita, amable, y un conjunto de atractivos y habilidades.

pero Teófilo estaba lejos de pensar así; parecíale afectada, llena de presuncion y muy coqueta; estaba sumamente cansado de su risa violenta y de sus monadas, pareciéndole sobre

todo inaguantable quando se acordaba como á pesar suyo de la agradable conversacion y gracias naturales de Olimpia.

A fines del invierno entró Teófilo en el Regimiento del hermano de la Condesita, y rigióse á su Comand al Regimiento. al cabo de cinco meses volvió á Paris; su padre notó en él la misma melancolia; no obstante, advirtió con gusto que ya no hablaba de Olimpia.

Habia ya cerca de un año que habian salido del Semosin á los ocho dias de su vuelta de Regimiento, el Baron se encerró á solas con él en su quarto, y le dió parte de la intencion que tenia de casarle, añadiendo que deseaba lo efectuarse con la Condesita de Lisbe. respondióle Teófilo sin rodeos que tenia una repugnancia invencible al casamiento, y además particular aversion á la Condesita.

El Baron le refirió con protixa ponderacion todas las ventajas del brillante enlace que le proponia. Teófilo le escuchó con indiferencia, y respondió que no conocia otra ambicion mas que la de distinguirse en el servicio. enfadóse entonces el Baron, declarando que habia ya dado su palabra á la familia de la Condesita. Teófilo sorprendido y afligido pidió

algun tiempo para determinarse á formar una union tan contraria á su inclinacion; no pudo obtener mas que ocho dias. gran parte de la noche estuvo reflexionando sobre su suerte. Se acordó de todos los elogios que el Baron daba tanto tiempo hacia á la Condesita: su estrecha amistad con la familia de esta jóven, amistad anterior con mucho al tiempo en que el Baron recibió la carta de Olimpia: traxo á la memoria otras muchas circunstancias que le persuadieron que la conducta del Baron habia sido artificiosa, y que habia formado el proyecto de casarle con la Condesita, en el mismo tiempo en que al parecer queria efectuarlo con Olimpia. mil confusas ideas se presentaron de golpe á su imaginacion: discurrió que no era imposible que hubiesen extraviado sus cartas, y quizás las de Olimpia, y que en fin le hubiesen malquistado con ella por medio de alguna impostura igual á la que imaginaba que habian empleado contra ella.

No se entregó sin escrúpulo á estas ideas tan ofensivas, á su padre; pero cada nueva reflexion las daba mayor fuerza; y no pudiendo tolerar semejante incertidumbre, tomó la resolucion de marchar la noche siguiente secretamente á Lemosin, y tener una conferencia con Olimpia misma. ignoraba absolutamente su paradero: seis meses habia que ni aun su nombre se habia atrevido á pronunciar: se horrorizaba al pensar que quizás la hallaria ya casada; pero no fue suficiente este cruel temor para detenerle. Al dia siguiente

supo ocultar su agitacion y sobresalto á su padre; confió parte de su secreto á uno de sus amigos, quien le dió uno de sus criados para que le acompañase, y á las dos de la mañana salió de su casa sin ser visto; montó á caballo y tomó la posta para el Semo sin.

Fue derecho á Fulle, adonde llegó á los tres días al ponerse del sol. Tomó un quarto en una posada, y temblando hizo varias preguntas á la huéspeda acerca de Olimpia; supo con inexplicable gozo que no estaba casada, pero lo demás minoró gran parte de este alegría. Dijo que nada dudaba que Olimpia hubiese amado al hermano de su amiga; que había estado ocho meses en casa de ésta; y que en fin, no habiendo querido casarse el joven á quien habia sacrificado el casamiento mas ventajoso casarse con ella, la posada se había determinado á volver á su Convento, pero que no habiéndola querido admitir las Religiosas, se había ido á Uzerehe, y se había refugiado en casa de su Tutor, que vivía en una hacienda inmediata á la Ciudad; que este último paso acababa de perderla en el concepto del público, por que su Tutor no era casado; que se reputaba por hombre sin principios y de mala conducta, y que tenía en su casa una mujer de mala vida con quien vivía Olimpia con estrecha amistad, á pesar de estas crueles noticias persistió Teófilo en la resolucion de ver á Olimpia, y al punto marchó á Uzerehe. Hizo quele

quiasen á casa del Tutor de Olimpia: dexó los caballos y el criado
 en un meson del lugar: se envolvió en un capote, se puso un sombrero
 gacho, y se encaminó á la casa de campo con una turbacion que es
 imposible decir. á las ocho de la noche llegó á la casa y le dijeron
 que el amo de ella estaba ausente habia ya mas de seis semanas, y
 que no habia en ella mas que Madame Rocher (que era la mujer de
 quien habia hablado la huésped) y Olimpia; atravesó Feófilo un
 patio muy obscuro, encontró una criada que le guio al quarto de Olim-
 pia. Su turbacion era tal, que apenas podia tenerse en pie, y sin
 embargo del vivo deseo que tenia de ver á Olimpia, no le pasó no ha-
 blarla en su quarto á fin de poder respirar un instante. la criada,
 á quien no quiso decir su nombre, salió para irle á avisar, y Feófilo
 quedó solo. no pudo mirar sin enternecerse los objetos que le rodea-
 ban: el clave de Olimpia, su escribania, su tocador, y sobre todo su
 canario encerrado en una jaula. Al instante conoció á aquel
 pajarito que él mismo habia dado á Olimpia la víspera del dia
 que se separaron. ¡pues qué pobre animalito, exclamó Feófilo en su
 cora mia, y no obstante Olimpia te ha podido guardar! diciendo
 estas palabras Feófilo enternecido abrió la jaula como á pesar suyo,
 sacó el pajarito y se lo metió en el pecho, aleteando el canario
 contra el corazon palpitante de Feófilo, pronunció claramente estas
 palabras: amo á Feófilo, las quales penetraron el alma de éste,

de manera que enagenado y fuera de acuerdo no se atrevía a creer lo que había oído, quando el pajarito repitió otras dos veces seguidas yo amo á Teófilo.... ¡Ah, ya no me es posible dudarlo, exclamó Teófilo! ¿pues qué Olimpia es quien ha dictado estas dulces palabras! ¿cuántas veces habrá tenido que repetir las para enseñármelas á esta arcecita, y pensaba (ay de mí) que yo nunca las oiría!.... ¡Olimpia, amada Olimpia, eres fiel á tu primer amor, eres inocente!.... ¡sin duda me eres culpado, y no obstante aun me amas. ¡Conservar este pajarito, y te dignas de escucharme! diciendo estas ^{palabras} Teófilo bebaba enagenado de gozo el canario, y éste, á quien no se le había enseñado mas que una sola frase, correspondía á las caricias de Teófilo, batiendo las alitas y repitiendo á cada instante: yo amo á Teófilo.

De improviso oye Teófilo pasos y se estremece todo; no puede reconocer las ligeras pisadas de Olimpia, aun parece que oye el ruido que al andar hacia su retiro.... se arroja á la puerta: ésta se abre, entra Olimpia, y Teófilo se precipita á sus pies. el canario se escapa de entre las manos de Teófilo, y vuela sobre el hombro de su ama, pronunciando el nombre de Teófilo: promueve Olimpia en un grito penetrante y quiere huir; Teófilo la detiene. Olimpia pálida y temblando se deja caer en una silla; casi desmayada no tiene fuerza para proferir una sola

palabra. Teófilo siempre á sus pies, no puede explicarle sino con lágrimas. Solo el paxarito conserva la facultad de hablar, y gozoso de volver á ver á su ama, repite mil veces su lección.... Turbada Olimpia, con justa é igualmente irritada rompe en fin el silencio, y con voz interrumpida le dice: á nadie sino á mí debo Vm. creer: debo aborrecerle, despreciarle; he debido obidarlo...- ; Olimpia, amada Olimpia, dignese Vm. de oirme!.... estoy libre, siempre soy fiel, no han engañado á uno y á otro; esta preciosa arecita acaba de hacerme conocer mi error. escuche Vm. tambien mi justificacion...- pero ¿como podrá Vm. excusarse de no haber respondido á mis cartas?- ; sus cartas de Vm. ni una sola he recibido, y la he envidado mas de veinte.....

Estas palabras acabaron de dirijaron las dudas de Olimpia: tenía demasiada inocencia y candor para no ser facil de persuadir. no pudo reprimir las lágrimas, y levantando las manos y los ojos al cielo dixo: ;ah Teófilo! questo que siempre es Vm. el mismo, no me quecaré ya mas de las triciones y perfidias que he experimentado.

estas pocas palabras hicieron á Teófilo el hombre mas feliz del mundo. despues de haberla manifestado su alegría y agradecimiento, refirió quanto le habia sucedido. Olimpia le escuchó con igual admiracion y enternecimiento, y despues tomando la palabra le dixo, que destituida de guia y de consejor, no habia creído hacer una accion contraria á su reputacion cediendo á las instancias de su amiga

que la solicitaba á fin de que fuese á vivir con ella; que en su casa, siempre sola encerrada en su quarto con su canario, no habia recibido mas visita que la de una de sus parientes, el qual ^{clavado} baxo de la compasion y amistad ocultaba los mas viles designios; que habia puesto alguna confianza en este hombre, y le habia descubierto la pena que experimentaba en no recibir noticias de Teófilo; que en fin, aquel perfido confidente le habia dicho que Teófilo no la amaba ya, y que estaba enamorado de la Condesita de Sirbé. me enseñó, pronguió Olimpia, varias cartas de su padre de Vn. que acabaron de hacermme ver, que solo el honor podria determinarle á cumplir la palabra que me habia dado, no dudé entonces en quebrar con Vn. para siempre, y demasiada rana para dexarle ver las penas de mi corazon, le escribí la carta que ha lido. entregada á la pena, y creyendo aborrecer á Vn. este paxarito me era odioso: no podia escuchar sin enfado las mismas palabras que con tanto gusto le habia enseñado.

Vna tarde abrí la ventana y te eché á volar. despues de haberle sacrificado de este modo, á pesar mio le echaba de menor: esto me causaba vergüenza; pero persuadiéndome á mí misma, que no le apreciaba mas que por el volamente, me levante á media noche, abrí la ventana y te llamé mil veces: fue en vano, no voló, y yo pasé lo restante de la noche llorándole. apenas comenzaba á rayar el dia baxé al jardín: me siento, y prongo

con mi llanto; de improviso oígo una vocceta queixosa que pronunciaba muy quedo. Teófilo..... !imagínese Vm. cual fue mi gozo al ver á mi canario! este ha sido, Teófilo, el único morimiento de alegría que he tenido en su ausencia de Vm. Hallé á mi pobre paxarito sobre un rosal: habia padecido; estaba espantado, temblando, y cubierto de plumas el rosal. cogile y le cuide, determinada á guardarle hasta que supiese de cierto su casamiento de Vm. estaba muy resuelta á no volver á ver á Vm; pero al mismo tiempo que renunciaba nuestra union, no podia persuadirme que Teófilo fuese capaz de formar otra, me decía á mí misma: tendrá remordimientos que no te permitirán casarse con la que ha preferido á mí: nunca te perdonaré, seré inflexible: pero quedo guardar mi canario, él nunca te sabrá; oculto mi canario á la vista de todos, y ~~o~~ te oiré hablar... tales fueron las razones que me obligaron á quedarme con mi paxarito.

Si me vieres en casa de mi amiga, en este tiempo el indigno confidente que yo habia elegido, me propuso si quería casarme con él: esta oferta me lo hizo con razon sospechoso. le dije que no me volviere á ver: para vengarme me hizo saber que mi reputacion estaba mal parada; que la persona en cuya casa vivia habia perdido la ruya, y que se me imputaba que amaba á su hermano, estos avisos tardios me parecieron calumnias: con todo, examiné con cuidado la conducta de mi amiga, y á poco tiempo conocí

De
ser cierto quanto me habian dicho. resolví volver á Fulle
al Convento de donde me habia salido con tanta imprudencia.
Las monjas mal informadas rehusaron admitirme, humillada,
vendida, abandonada y apoyada solamente en mi inocencia
vine á este lugar á pedir á mi Tutor me aconsejase. no era
mi intencion pedirle que me diese un asilo, pues no era de-
cente que yo estuviese en casa de un hombre soltero, pero fuí
mas feliz de lo que esperaba. al llegar aquí hallé á mi Tutor
pronto á emprender un viage de dos meses; me presentó á
una Señora parienta suya que ha padecido grandes desgracias,
y que vive en esta casa por algun tiempo. Madama Rocher
(que este es su nombre) me parece tan amable como virtuosa,
me ha referido su historia, que seria asunto de una excelente
novela; en fin, cuanto permanecer aquí todo el tiempo que
ella se esté.

Dexó de hablar Olimpia, y Teófilo tan enternecido como
conmovido estuvo algun tiempo sin responder, y despues arrojando
un suspiro, la dixo: ¡Ah! no debemos atribuir nuestras desgracias
á otra cosa mas que á esa inocencia, á ese candor que la caracterizan
á Vm.... esas virtudes angélicas han dado armas á la calumnia
para denigrarla: ellas son la benda fatal que la ciega á Vm....
¿Cree Vm. por exemplo, que está en un asilo decente y seguro?...

28

¡pues qué!...- era mujer que estima Vm. tanto es una infame rami-
ra....- ¡justo cielo!...- lo que de ella he sabido en Jalle me ha
rido de nuevo en este lugar, repetido....

¡Oh tia mia! exclamó Ximbia deshecha en llanto, no he
sentido al perderte, sino el dolor que inspira el afecto mas tierno y
y una justa gratitud, pero no comprendia ni conocia como ahora lo
sumo de mi desgracia! ¡insensata! no sabia lo precisa que me era
una guia....; Oh Cielos! ¿cómo es posible que con intenciones tan
puras pueda perder la reputacion y el honor? es... pues, im-
posible que el amor á la virtud supla por la experiencia?...-
¡tranquilizere Vm. en nombre de Dios! considere que nuestros ma-
les se acabaron, puesto que nos hemos desengañado. el vínculo que
nos une es el mas sagrado el mas santo...- pero su padre de Vm.
quiere deshacerle, ha interceptado mis cartas y las de Vm. aun
antes de que hablasen mal de mí...- ha querido, no lo dude
Vm., acrisolar nuestro amor; despues se ha creído de algunos rela-
tor falso, y este error justificado por las falsas apariencias, es
la mejor excusa de su conducta. pero quando sepa todo lo que Vm.
me ha dicho, solo con el lance del canario, le verá Vm. sin du-
da alguna venir á pedirle que se efectue esta union que el agru-
decimiento, el honor y el amor me hacen tan preciosa.

fácilmente se cree lo que se desea, mayormente á la edad

24
de diez y siete años. no dudó Olimpia que el Baron conociendo
su error no se abarataria en vivos deseos de reparar su culpa.
tranquila ya sobre lo venidero, no pensó sino en lo presente. no
queria estar mas en casa su titor; pero que que arilo buscaria
en tanto que Teófilo volvia de verse con su padre? no conocia
mas que ha, los ó tres antiguos amigos de su tia, á quienes no habia
visto desde su muerte, y que preocupados contra ella recusarian admi-
tirla: en Vixerche no habia Convento; determinóse finalmente
á ir al dia siguiente á Brives, y entrar en uno cooperando en él
las noticias de Teófilo, el qual tambien volveria el mismo dia á
Paris. Teófilo obtuvo de Olimpia que le recibiera aun el dia
siguiente, y no se repararian hasta haber concertado de comun acu-
erdo las medidas que habian de tomar.

Teófilo de vuelta á su posada tuvo una mala noticia: su la-
cayo le dixo que habia visto andar al rededor de la casa quatro
ó cinco hombres al parecer ~~disfrazados~~ ^{ocultos}, y que habian hecho
mucho ^{preguntar} á la huésped. apenas acababa de decir esto el
criado, quando Teófilo oyó ruido en la escalera; sin duda,
exclamó, vienen á prenderme! diciendo esto echó mano á dos
pistolas que tenia prevenidas, y se adelanta ácia la puerta. en
aquel instante se entran al ayoderado de su padre. Dumont
le dixo; viene un. á buscarme de parte de mi padre? si señor.

23

respondió Dumont algo turbado al ver las pistolas. — ¡y tiene Vm. intencion de llevarme por fuerza?... yo señor... espero que la obediencia que Vm. debe á su padre... pero no debo ocultarle que traigo una orden del Rey... — con una orden de mi padre bastaba, y puesto que quiere que vuelva con Vm. Volvire; pero declaro que no marcharé sin haber vuelto á ver á la persona por quien he venido... — pero señor... — no hay que poner dificultades, que no escucho... — la orden que traigo manda que marche Vm. al punto... — una obligacion sagrada me detiene aquí algunas horas... es preciso que yo vuelva á la quinta. ahora son las once, las puertas estarán cerradas y todos se habrán acostado; no quiero despertar á nadie, ni alborotar la casa, por consiguiente pasaré la noche aquí en la misma situacion en que estoy. al amanecer iré á la quinta, estaré en ella una hora á lo menos, y despues le requiriré á Vm... el señor Baron llevará muy á mal... — espero que me oirá, y se dignará de admitir mi disculpa: yo salgo á todo. quede Vm. esperarme si quiere en este quarto: no tengo intencion de nuir de Vm. y aun le doy mi palabra de honor de no intentarlo.

Viendo Dumont que Teófilo estaba enteramente resuelto á no marchar sino al dia siguiente, y á no dexar sus pistolas, convino en esperarle y se retiró á un quarto inmediato. el

resto de la noche lo paró Teófilo paseándose en el ruego, y pensando en la conversacion que habia de tener con Olimpia.

Luego que amaneció llamó á Dumont, y le propuso si quería seguirle hasta las puertas de la quinta; Dumont le hizo algunas reconvençiones, pero hubo de ceder al ver la entereza de Teófilo. acompañarlo de dos hombres le siguió á lo tesor, haciéndole prometer que no estaría mas que una hora con Olimpia. al llegar á la quinta supo Teófilo que Olimpia acababa de salir: la quinta estaba distante un quarto de legua de la Iglesia en donde descansaban las cenizas de Eufrazia; el dia antes habia convenido Olimpia con Teófilo que á las diez se verían, y que inmediatamente marcharía á Brives; en consecuencia habia querido antes de apartarse de Vézere regar con su portrera llanto al sepulcro de su tia.

Teófilo sale inmediatamente de la quinta, y á pesar de la repugnancia de Dumont va á buscar á Olimpia. al entrar en la Iglesia se detuvo á la puerta para contemplarla sola en medio del coro arrodillada sobre la sepultura de Eufrazia. su portura, la santidad del lugar, en el qual, á no haber muerto Eufrazia, hubiera Teófilo recibido la mano de Olimpia, causaron una conmocion inexplicable en

25

su pecho. Teófilo se adelanta ácia Olimpia; al ruido de sus pisadas levanto esta la cabeza, y le muestra su rostro bañado en llanto. acércase Teófilo, y se arroja de rodillas á su lado. admirada Olimpia de verle, y sobre todo movida de la alteración que notaba en su semblante, le mira con sobresalto y terror. Teófilo tomando una de sus manos, y estrechándola fuertemente entre las suyas, exclamó: ¡oh respectable Eufrosina! ¡ah, si vivieras, aquí mismo hubiera yo recibido esta mano querida que me habías prometido! ¡en este mismo sitio un juramento sagrado hubiera unido para siempre á Olimpia y á Teófilo!... pero á lo menos se hará la misma promesa en este lugar.... sí, Olimpia, yo juro ser tuyo mientras viva, pongo por testigo al ser supremo que nos oye y que lee en mi corazón... no mas exclama la trémula Olimpia, no mas, Teófilo, tema Vm. ¡infeliz de mí! tema Vm. hacer un juramento temerario... por que es inviolable lo hago con gusto... ¡y si su padre de Vm. le reprueba? — no tiene derecho para hacerlo. ¿podría acaso querer romper un lazo que él mismo ha formado?... si es cierto, que Vm. me ama, Olimpia, dignese darme una prueba de ello; prométame Vm. unir su suerte á la mia en esta misma Iglesia, en la qual habian determinado nuestros parientes unirnos. delante de este altar en donde

debi recibir su preciosa mano, y en fin sobre el sepulcro de la que la sirvió de madre, y que la mando me aceptare por su esposo... ¡ah! ¿qué pretende Vm.^a le dixo Olimpia, ¿por ventura podemos disponer de nosotros mismos?... diciendo estas palabras quiso Olimpia retirar su mano trémula, que Teófilo tenia entre las suyas... ¡Olimpia, exclamó Teófilo, quiere Vm. abandonarme, ó pretende olvidarme?... tema Vm. pues mi despecho, y desesperacion... el tono con que profirió estas palabras hizo estremecer a Olimpia; perdió el color, y mirando a Teófilo con temor y encogimiento: pues bien, dixo en voz baja, yo me obligo con los mismos juramentos que Vm. acaba de hacer..... a estas palabras juntando Teófilo las manos dió gracias al cielo y a la triste Olimpia, la qual siempre palida, inquieta y turbada con funestos presentimientos, y con los ojos clavados sobre el sepulcro de su tia participaba de los afectos de Teófilo sin poder gozar de la alegría que él experimentaba.

Entrando a este tiempo el sacristan en la Iglesia, Teófilo suplico a Olimpia le concediese un rato de conversacion en casa del cura, que vivia al otro lado de la Iglesia, y Olimpia convino en ello. entonces Teófilo la dió parte de la Negada de Dumont; esta nueva la consternó. ¡ah

Teófilo, exclamó vertiendo un mar de lágrimas, qué juramento
 me ha hecho Vm. hacer, y en qué ocasión! quando su padre
 irritado le llama para mandarle que me olvide... olvidar,
 interrumpió Teófilo, no, ya es Vm. mia, la muerte, ~~pero~~
 solo puede repararnos... deseché Vm., amada Olimpia, esos
 temores que ultrajan á mi padre; quando repa lo que ha pasa-
 do, quando el amor, el honor y la verdad la habrán á Vm.
 justificado por mi boca, sé que aprobará mi amor: me quiere,
 no es bárbaro, no es inhumano, ni vil...—pero es ambicioso.—
 ¡y podrá mas en su pecho la ambición que la justicia y la
 naturaleza?... estoy cierto de obtener su consentimiento; lo
 único que temo es alguna dilación, pero Vm. puede disipar
 todas mis inquietudes.—¿y cómo?—atreviéndome á reguérmele
 á París...—¿qué dice Vm.!—esta proposición no puede ofen-
 der ni á la decencia, ni á su pundonor de Vm., no yendo juntos...—
 ¿y quéal sería mi asilo en París?—yo puedo disponer de la casa
 de uno de mis amigos...—¿cómo! Vivir en casa de un hombre y
 hombre sin dula de la edad de Vm.!... eso no, jamás... Teófilo
 para acabarla de determinar, se permitió faltar en algo á la
 verdad: pintó á Derral como una persona de mucho juicio y
 de edad madura, y aseguró que era igualmente respetable por
 su experiencia y por su jenio. además, añadió, que Vm. no le

vení, no estará en su casa, y al cabo de veinte y quatro horas habré yo encontrado un quarto en un convento.

en fin, yo no puedo resolverme á dexarla á Vm. aquí; demasiado me ha costado el estar separados. nada tendrá mi padre que oponer á lo que yo le diga, pero no nos volvamos á exponer á ser víctimas de algun nuevo artificio.

oh amada Olimpia, siga Vm. á su esposo, siga Vm. al hombre feliz con quien el mas santo de los juramentos la une, para que pueda presentarse el mismo instante en que yo alcance el consentimiento de mi padre, y que sea imposible engañarnos ó hallar pretextos para diferir nuestra union. ¡ah! diosa Olimpia, ¿qué se han hecho todas mis resoluciones? esta noche pensando en Vm. me afligia de que mi indiscreto pavarito le hubiese hecho conocer los sentimientos que yo debía ocultar; me arrepentía de haberle escuchado tanto tiempo; me determinaba á no verle á Vm. hoy, y á marchar me antes de la hora en que habiamos convenido; pero á de mí, en en la Iglesia misma donde Vm. me ha encontrado, al pie del altar en donde poco antes prometí á Dios sacrificar, si era preciso, una inclinacion desgraciada, mi boca ha proferido el imprudente

juramento que Vm. me ha dictado!... ¡y ahora quiere Vm. que le siga, y que vaya á exponerme á los desprecios y repulsas de su padre, que me desconoce?... — no quiere Vm. acordarse que está mal informado, y que yo le desengañaré.... hágale Vm. mas justicia: Vm. le verá pedirle perdón, no lo dude... en fin ya no es Vm. dueña de sí misma, estamos unidos con un vínculo que no puede romperle ningún poder humano. ¡no nos separemos mas!... los instantes son preciosos... me están esperando, y es preciso que nos separemos... me voy desesperado si Vm. no quiere seguirme... ¡pues qué, exclamó dolorosamente Olimpia, no me dexa Vm. ni aun el tiempo preciso para reflexionar sobre las consecuencias de una acción tan temeraria!... ¡ah Feófilo, Vm. abusa de mi condescendencia!...

no pudo proseguir Olimpia; las lágrimas la embargaron la voz. reiteró Feófilo sus instancias, y por fin obtuvo la promesa que solicitaba tan vivamente. Olimpia tomó las señas de la casa adonde debía ir á apearse en París con un nombre fingido. prometió llorando marchar al día siguiente: entonces Feófilo, colmados sus deseos, fué á juntarse con Dumont, y subiendo con él en una silla de posta que los esperaba, al punto tomaron el camino.

308.
no de París. iba Feófilo muy contento, no imaginando posible que su padre desaprobase lo que había hecho después que lo hubiese oído; pero al paso que se acercaba á París, se disminuían sus esperanzas; se acordaba con temor de la ambición y artificiosa conducta de su padre, las dudas, los temores é inquietudes iban ocupando insensiblemente el lugar de la confianza, y llegó á París en un estado de abatimiento, que distaba poco de la desesperación, eran las nueve de la noche quando llegó á su casa.

El recibimiento que le hicieron los criados le dió á entender bastantemente la indignación de su padre; no vió sino rostros severos. unos le examinaban con maligna curiosidad; otros al mirarle se encogían de hombros, otros en fin se detenían para dejarle pasar baxando la vista con ayre triste, y consternado. ninguno habló. luego que subió la escalera encontró á un antiguo ayuda de cámara del Baron que le entregó una esquila con mucho misterio. quiso Feófilo entrar en el quarto de su padre, no señor, le dixo el ayuda de cámara con aspereza, hoy no puede vñ. verle... ¡pues qué mi padre se niega á oirme?... era esquila... ¡ah perdido soy, exclamó Feófilo! diciendo estas palabras se encaminó á su quarto, y en él abrió temblando la esquila del Baron, que contenía estas palabras:

"no es mi hijo un ingrato, un rebelde; no volveré á verte, ni tendrás libertad hasta que me hayas prometido formalmente por escrito una obediencia sin límites."

después de haber leído Feófilo esta formidable sentencia,

se quedó algún tiempo inmóvil como si le hubiese herido un rayo, después volviéndose de todo su ánimo, dijo: pues bien, estaré preso; pero una dolorosa reflexión aniquiló en breve su valor. Dentro de dos días debía llegar Olimpia: ¿qué pensaría no viendo á Teófilo? no obstante, como había imaginado que quizás no podría ir al instante á prevenir á Derral (así se llamaba el amigo á cuya casa debía ir á parar Olimpia) el lacayo de éste que había ido con Teófilo estaba encargado de entregarle una carta que contenía las circunstancias del favor que le pedía. en ella había sabido Teófilo á Derral, sin nombrar á Olimpia, que una señorita con el nombre supuesto de Madama de Joris llegaría dentro de dos días á su casa, suplicábale que la hospedase por el tiempo de veinte y quatro horas solamente. el criado portador de esta carta se había separado de Teófilo después de haber entrado en París, prometiéndole ir á entregar al punto mismo. cierto de que Olimpia lo hallaría todo pronto en caso que llegase al día siguiente, se determinó Teófilo á pasar dos días sin responder á su padre, esperando que esta apariencia de entereza podría obligar al Baron á depenar parte de su severidad, y perdonarle sin imponer condiciones.

Encerrado en su quarto Teófilo pasó estos dos crueles días, livingiéndose á cada instante de que su padre iría á verle, o se enviaría á llamar: cada vez que un criado entraba

12.
servirle, ó cada vez que abrian la puerta se levantaba
temblando; creia oír la voz de su padre, ó que le traían
orden suya para irle á hablar. á la mitad del segundo
dia su agitacion y desasosiego llegaron al ^{extremo}; la idea de
que Olimpia llegaría verosilmente aquella misma tar-
de le despedazaba. esta era su situacion quando un
nuevo incidente destruyó todas sus ~~intenciones~~ resoluciones.

ofendido el criado que le servia de que hubiese hecho
confianza de un criado ageno, le ~~dijo~~ con grande
gozo que el Baron habia hecho prender al que le
habia acompañado, y para mortificarle se lo dijo á
instante. ¿y cuándo? preguntó temblando Teófilo...
el dia mismo que Vm. llegó; la orden estaba dada
de antemano. apenas el pobre muchacho se reparó de
Vm., quando le echaron el quante y le han puesto á
la sombra.

Esta nueva acabó de abatir á Teófilo. si Olimpia
habia llegado, no estando avisado Derral, era fijo q.
no la habria admitido: ¿qué pensaria pues, ó qué partido
habia de tomar? además si habian registrado al cria-
do preso, el Baron habria visto la carta que Teófilo
escribia á Derral; todas estas reflexiones eran á qual
mas dolorosas, queriendo finalmente Teófilo saber

33

su suerte, se resolvió al único medio que podía volverle la libertad y asegurarle los medios de ofrecer un asilo á Olimpia, ó quizás libertarla de una situación cruel en caso que ya hubiese llegado. escribió á su padre; su mano trémula formó estremeciéndose estas pocas palabras: "Padre mio: yo prometo á Vm. una obediencia ilimitada; pero á lo menos dignese Vm. escucharme."

un instante despues de haber enviado este villete oyó Teófilo llamar á su puerta, y era el ayuda de cámara de su padre que venia á llamarle de su parte.

Pálido, temblando y fuera de sí, aunque muy determinado á fingir, baxa Teófilo al punto mismo al quarto del Baron, que salió á recibirle, le abrazó le apretó la mano afectuosamente y le hizo sentar á su lado. hubo un instante de silencio causado por el mútuo empacho; no obstante, procurando el Baron manifestar un ayre desembarazado y contento, dijo: olvidemos, hijo mio, todo lo pasado: tú me prometes una obediencia sin límites; cuento con ella, y te vuelvo toda mi confianza y amor. bien sé que la persona que has visto en el Lemosin no habrá escusado medio alguno para seducirte y ponerme mal contigo: te habrá dicho sin duda que he extraviado

34.
sus cartas y las tuyas; este es el único artificio de q.
me valido; tu interés y el amor que te tengo son mi
excusa. fuera de esto, no he exagerado nada de quanto
te he dicho de una persona, cuya mala conducta la ha
hecho indigna de ti. crees muy bien que habrá sabido
persuadirte que está inocente, pero no habrá podido
ocultarte que ha perdido su reputacion, la última ca-
sa que ha vivido su actual residencia con la mas vil
de las mugeres acaban de desacreditarla: por tanto,
ya sea su conducta efecto de la imprudencia o del
vicio, está deshonrada, y esto basta; esa union sería
un oprobio para ti, fuera de que yo no me habia obli-
gado con su tia sino bajo la expresa condicion de
que la dexaria por heredera: Eufrasia ha muerto
sin dexarla nada, circunstancia que en rigor anula la
la palabra que yo habia dado.

A estas razones dictadas por la ambicion, la
codicia y mala fe hubiera podido responder Teófilo:
que el Baron exageraba los yerros de Olimpia; q. su
reputacion estaba herida pero no perdida para siempre,
que sus pocos años y la funesta independencia que
se hallaba, hacian inclinar ácia la indulgencia á to-
das las personas sensatas, que era injusto condenarla
sin oirla, que era cosa extraña el haber suprimido

sus cartas: que en quanto á la falta de bienes, el mismo
 Baron conocía lo imposible que era alegar causa para romper
 un enlace formado tan públicamente y de un modo tan so-
 lemne, y para apagar un amor tan arraigado, puesto que en
 el tiempo de la muerte de Eufrosia no habia hecho ~~men~~
 mencion alguna para faltar á su palabra pretexto que las
 leyes darían tal vez por suficiente, pero que la virtud y el
 honor, siempre mas severos y delicados que la ley, desprecia-
 rían por indignos. todas estas reflexiones hizo Teófilo y
 como estaba impaciente por ir á casa de Derral, no le res-
 pondió cosa alguna. encubriendo sus mortales inquietudes, y
 el pesar mas amargo baxo un ayre humilde y sumiso, aseguró
 Teófilo de nuevo su obediencia. entonces el Baron le volvió á
 abrazar, y un cruel remordimiento hizo conocer á Teófilo
 quan horrible es engañar á un padre, aun quando la injus-
 ticia, la violencia y el artificio parece que obligan á ello.

ya sabes, hijo mio, prorrogó el Baron, el empeño en que es-
 toy con la familia de la Condesita de Sibé; es preciso con-
 cluir este asunto sin demora alguna. estas palabras hicieron
 estremecer á Teófilo, pero el Baron, manifestando no hacer
 alto en su turbacion prorrogó: Madama de Sibé está
 en Verrallés, no volverá hasta pasado mañana; aquella mis-
 ma noche te presentará á su hija en calidad de esposa, y
 al dia siguiente quedareis desposados, padre mio, replicó
 infeliz Teófilo, vuelvo á repetir que estoy pronto á obe-
 decer. esta nueva protesta valió mil elogios á Teófilo, que
 acabaron de llenarle de amargura, ¿podré salir esta noche

⁴⁶ *«Dijo; tengo gran necesidad de distraccion; ¿podré ir á ver á mis amigos?— como quieras; no te ocultaré sin embargo que haré reclarte los pasos hasta que estes casado, pero eres dueño de salir quando gustes, solo exijo que sea en coche, y que lleves dos lacayos. aprovechóse Feofilo prontamente de un permiso que esperaba con tanta impaciencia. pero mientras ponen el coche veamos lo que ocurre en casa de su amigo Derral. aquel dia habia estado de casa; y habiéndose vuelto á las tres de la tarde tenía convidado á comer á siete ú ocho amigos suyos tan calaveras como él. esta tertulia tan alegre debía pasar todo el dia en casa de Derral. á los portres, quando ya el vino de Champaña empezaba á calentarles los cascos, entró un criado á decir á Derral que una Señora en coche quería entrar en casa; ¿y como se llama? preguntó Derral— se llama Madame de Forlis. ¡Madama de Forlis! dijo riéndose Derral parece nombre de comedia; ¿y qué traza tiene esa Señora?— es muy jóven y muy hermosa... que venga, que venga, gritaron á un tiempo todos, voy á buscarla, dijo el lacayo.*

Olimpia con su silla de porta y con su criada esperaba á la puerta: vé que ésta se abre, entra en el patio de la casa, un lacayo sale á recibirla, y la hace subir por una escalera secreta. Olimpia trémula, turbada y cansada del viage subia apoyada en el brazo de su criada en fin despues de haber atravesado un largo corredor, abre el lacayo una puerta, y se retira: Olimpia y

su criada entran por esta puerta fatal, que al punto robio
á cerrarse, la turbacion y sobrecojimiento de Olimpia llevo al
extremo al ver de improviso en medio de una tropa de jóvenes
medio embriagados, y de los quales el mas viejo no tenía vein-
te y cinco años. prorrumpe en un grito penetrante, quiere huir,
pero la detienen y la cercan: ¡oh cielos, exclama, en donde estoy!
Señores mi postillon se ha equivocado; yo creía entrar en la casa
de un hombre respetable de M.^r Derral..... este epíteto de
hombre respetable hizo, prorumpir á todas en grandes carcajadas.

Entonces Derral se acercó á ella: no la han engañado
á Vm. Señora, digo afectando mucha reciedad, porque yo soy
ese Derral. al oirle Olimpia se quedó petrificada y casi prom-
ta á hermarjarre; se apoyó contra el respaldo de una silla,
pero en efecto, es como una plata, continuó Derral: tó
a Romantick girl indeed. digo otro que no se había levan-
tado de la mesa. lo cierto es añadió otro, que se esquivó y
monadas falsas ó verdaderas la sientan muy bien.... ¡oh
Catalina, digo Olimpia medio ahogada, Catalina, sácame
de aquí!... mucho riento, digo el que estaba bebiendo, que
la confidenta se llame Catalina, ese nombre no es Roman-
tick..... venga Vm. señorita, digo la criada, léme Vm. el
brazo, y váyanse en hora mala estos tontos. aquí empeza-
ron de nuevo las risotadas y las carlas, no dexaron de
advertir que la confidenta llamaba señorita á Madama
de Forlis. confundida Olimpia y medio muerta hizo
un movimiento para escayarse; Derral la detuvo, y como
la dijo, ya basta de fingir empachos, váganos Vm. el

38.
favor de hacernos compañía con satisfacción. Olimpia al
oir semejantes razones, oprimida de vergüenza, sintió que sus
piernas no podían sostenerla y se dejó caer sobre una silla.
A este tiempo entra un criado, y dirigiéndose á Derral le
dice riendo: Señor, abajo hay un lacayo de Madama de
Forlis, que trae una maleta, y nos pregunta en qué quarto
debe dormir su ama, porque su ánimo es quedarse aquí. Al
oirle, todos se echaron á reir á un tiempo: halló en este modo
de obrar, dice Derral, un fondo de marcialidad que me
encanta, fuera de que este modo de hacer amistades abrevia los
cumplimientos. Diciendo esto se sentó junto á Olimpia, y to-
mándola una mano se la besó. entonces Olimpia recogió todas
sus fuerzas, la indignacion y la cólera vencieron su debilidad
y rubor: se levanta, y levantándose con ímpetu de entre los
brazos de Derral huye al otro extremo de la sala: halla una
puerta, la abre, y sale por ella á una galería; Derral la
sigue: Olimpia echa á correr con todas sus fuerzas, y con
tal velocidad que Derral no puede alcanzarla. viendo
Olimpia al extremo de la galería un gabinete entreabier-
to se mete en él, cierra la puerta, y después de haber echa-
do el cerrojo se dexa caer en un canapé, y da libre curso á
sus lágrimas. en vano llama Derral diciendo mil locuras.
por fin la amenaza que vá á echar la puerta abajo: Olimpia
se estremece, abre una ventana; pero esta daba sobre el jar-
dín de la casa; no importa, Olimpia desechada se determina
á precipitarse en el jardín si Derral consigue abrir la puer-
ta. ya se disponia á arrojarle, quando no oyendo mas la
voz de Derral se detiene contentándose con sentarse sobre
la ventana. de allí á poco, cierta de que Derral no estaba

ya en la galería, se imaginó que había ido á buscar á sus criados para echar la puerta abajo: ¡oh desventurada Olimpia, exclamó vertiendo un diluvio de lágrimas, á qué punto te han traido tu imprudencia y credulidad! engañada indignamente, vendida, abandonada, reducida en fin á escoger entre la muerte ó la infamia..... ya estoy determinada!..... ¡infeliz! ¿qué pierdo perdiendo la vida?.... la muerte me librará de la pasión funesta que causa mi tormento y mi oprobio: ¡pero qué digo?..... ¿quién yo?... ¿podré amar todavía al perverso seductor que prometiéndome un asilo decente y seguro me ha hecho venir á esta abominable casa?... no puedo creer que haya tenido el bárbaro intento de exponerme á tantas afrentas, y de perderme: sin duda que algunas razones que ignoro te justifican sobre esto... pero en fin, él me ha engañado: me había pintado á ese indigno Derral como un hombre respetable....

al pronunciar Olimpia estas últimas palabras se estremece y calla oye pasos en la galería, ¡oh cielos! exclama poniéndose de rodillas; sin duda van á abrir la puerta! ¡oh Dios mío, dignate de perdonar mis culpas! mi conducta á sido imprudente pero mi corazón es puro! perdóname, Señor una revolución que el honor me inspira. al acabar Olimpia esta oración oye pronunciar su nombre, y conoce con inexplicable gozo la voz de su criada que la gritaba que abriese la puerta sin temor; sin embargo aun dudaba Olimpia; entonces Catalina la aseguró que Derral y sus amigos habían salido de la casa. corre Olimpia á la puerta y la abre: al instante se adelanta con ímpetu un hombre, se arroja á sus pies, y aterrada reconoce á Teófilo. indignada al verle se retira; sus fuerzas exhaustas la abandonan y cae derribada en los brazos de Catalina. luego que volvió

en sí, el primer objeto que advirtió fue á Feófilo Morando de rodillas delante de ella. Olimpia aparta de él la vista, y hablando á Catalina, cortenme, la dice salgamos de esta infame casa. ésta la respondió que Derral no estaba ya en ella, y q. no volvería hasta que ella se fuere; pues siendo así, replicó, ahora mismo puede volver. ¿pues qué, dijo Feófilo en voz baja y tímida, será posible que no quiera Vm.irme? apurado el suspiro de Olimpia prorrumpe en invectivas contra Feófilo, el qual consternado la escuchó sin interrumpirla, y luego que hubo cesado de hablar procuró excusarse diciendo, que si la había engañado acerca de la edad y genio de Derral, era el único con cuya reserva podía contar; que tenía grandes defectos, pero que era un amigo fiel y seguro; despues la suplicó que le oyere sin testigos la relacion de todo lo que le había pasado despues de su vuelta á París.

Despues de haberlo revisado mucho tiempo convino Olimpia en que Catalina pasare al quarto inmediato, y Feófilo, seguro de aplacar el enojo de Olimpia, ya que consentia en oirle: empezó la triste relacion de sus persecuciones. no la ocultó cosa alguna, ni aun la palabra formal que había dado de casarse con la Condesita. pálida Olimpia al oir esta última circunstancia, no pudo ocultar el sumo dolor que la causó. pongo por testigo al Cielo, dijo Feófilo, que jamás hubieran sacado de mi boca este cruel consentimiento hermentido por mi corazon, si no hubiere arriesgado mas que la vida; pero era preciso, ó engañar por entonces á un padre q. abusaba de sus derechos, ó perder mi libertad y la ocasion

de acudir al amparo de Vm. ¡ah, y qué terror estaba yo de imaginar los indignos ultrajes á que se hallaba expuesta; pero con todo, aun sin saberlos, veía que Vm. llegaba á una Ciudad no conocida, pidiendo un asilo en una casa en que no querrian admitirla; y esta idea fue mas que suficiente para determinarme á fingir, por el pronto, puesto que la mas injusta violencia me obligaba á hacerlo.

No, no, interrumpió Olimpia anegada en llanto que en vano procuraba reprimir, no, Vm. debe cumplir la promesa que ha hecho á su padre.... — cumpliré la que fue voluntaria. mi padre; me mando que amare á Vm. yo re lo jure, y seré fiel á este juramento, el único que debe ser inviolable. — ¡y qué! es su esperanza de Vm.?.... — la de que Vm. cumplirá la solemne promesa que me ha hecho.... — ¡y cómo es posible, quando Vm. depende de un padre inflexible, y quando le ha prometido obedecer dentro de tres dias? — esa dilacion es suficiente para libertarnos de una voz de tan insoportable tiranía.... — ¡qual es su designio de Vm.? — sacrificar á mi único dueño mis riquezas, mi estado y mi patria.... — ¡qué dice Vm.! ¡oh Dios mio! — digo que huyamos... — y se atreve Vm. á proponerme... — si el amor que Vm. me tiene es verdadero no puede negarse á esta proposicion; Vm. me debe su fe; es prenda que me pertenece... no puede darme la sino en un clima extraño; pasemos pues á Inglaterra... — ¡oh Dios mio! interrumpió Olimpia, en qué abismo quiere Vm. precipitarse conmigo! ¿yo privaría á un padre de su hijo? consintiendo en formar una union ilegítima y suyendo con Vm. le sacrificaría la decencia, mi reputacion y el honor? ¡ah mas quiero morir!... — pues bien, exclamo Teófilo enfurecido, reciba Vm. mi último adios... Olimpia sin Vm. no puedo vivir, y renunciando á mí me precipito en un fin demostrado... penetrada Olimpia de terror, detuvo al decir

do Teófilo que iba á salirre del quarto. dígame Vm. le dico, cere ya de
causarme un espanto que me hiela!...; tenga Vm. compasion del estado en
que me vé!...; ¡quiere Vm. que el temor me arranque un funesto conventi-
miento que nos perderia para siempre? — Olimpia considere Vm.
mi situacion; piense Vm. que dentro de tres dias, si me quedo aquí
me es preciso renunciar á lo que amo, casarme con quien aborrezco, ó
verme privado de la libertad, ya sabe Vm. que mi madre
ha obtenido una orden del Rey...; ¿y qué sería entonces de
mi Olimpia? ¡ah! huyamos; evitemos tantos horrores! aban-
donando nuestra patria no honraremos las riquezas, ni tampoco ten-
dremos que temer la pobreza; en fin puedo sin faltar al honor
librarla á Vm. y librarme de tantos males... no perdamos tiempo:
es preciso obrar sin dilacion alguna.

Á estas palabras executivas Olimpia levantando al Cielo
sus bellas manos exclamó: ¡oh Dios mio, dignaos de inspirarme!
¡ay de mí, qué en vano llevo el consejo saludable! en vano advierto
y conozco mi flaqueza: é imprudencia: aislada, entregada á mi
misma veo el precipicio á mis pies! ¡una mano compasiva podría
estorvar mi caída, pero me hallo sin protección ni guía!... ¡mi
pérdida, es infalible! sofocada con sus lágrimas no pudo continuar
sus tristes quejas. Teófilo vuelve á echarse á sus pies suplicándola
pronuncie su sentencia; jura quitarse la vida si esta sentencia le
es contraria. atemorizada Olimpia pronuncia desesperada la
fatal promera que fija para siempre su destino.

Luego que Teófilo hubo amancado el conventimiento de Olim-
pia se fué dexandola entregada al mar vivo dolor y al arre-
pentimiento mas amargo. inmediatamente volvió Teófilo
á su casa: tuvo bastante poder sobre si mismo para manifestar
en rostro sereno. una conversacion que tuvo por la noche

44
con el Baron acabó de asegurar á este; creyó que Teófilo se había deter-
minado á cumplir su gusto, y que la ambicion y la vanidad habían
apagado su amor antiguo: Teófilo al dia siguiente aparentó no ocupar-
se mas que en frioleras: supo el Baron con inexplicable gozo que había
pasado la mañana con el sastre y bordadores, y que no había salido de casa
sino para ir á la del maestro de coches á ver el tren de la novia, sabiendo
Teófilo quantas espías se habían puesto para acecharle, tuvo bastante
ánimo para no ir en todo el dia á casa de Derral y acortarse sin
ver á Olimpia; el dia que esta llegó había hablado un instante con
Derral, le había vuelto á ver después en secreto, y le había confiado
á medias su secreto, diciéndole el verdadero nombre de Madame
de Fortis: añadió que ella misma le había obligado á sacrificar un
amor desgraciado; que él estaba resuelto á casarse con la Condesita;
que Olimpia lo estaba también de entrar en un Convento distante
doce leguas de París, del qual era abadesa una tia suya, y que mar-
charía por la noche vispera del dia de su casamiento. Llegó en fin el
dia de ir á vistas, el Baron llevó á su hijo á casa de Madame de
Lisbè, Teófilo ocultó su interior desasosiego, y manifestó tanto agrado
que el Baron quedó prendado de él: se convinó que al dia siguien-
te se tomarían los dichos: al salir de casa la Condesa, Teófilo
dijo á su padre que sentia una agitacion que no le permitia dor-
mir; y que para distraerle iria á pasar parte de la noche al ócio
de la opera, pareciéndole al Baron esta propuesta muy natural
instó él mismo para que fuere. Teófilo añadió que iria á
cenar con Derral: en efecto, á las ocho mandó poner el
coche, y se encerró en su quarto. dexándose caer sobre una
silla, y no pudiendo contener mas tiempo los remordimientos
que despedazaban su corazon, dió libre curso á sus lágrimas.

no conoció el desventurado Feofilo sus obligaciones y errores, sino para sumergirse con mar amargura y espanto en el horroroso abis- que sus pasiones le tenían preparado. extretanto dan las nueve: re estremece.... esta hora, dice, verá la última que oiré en la casa de mi padre.... esta casa que ahora regna la paz y el sosiego en qué horrible agitación estará mañana!... los sollozos le impi- den proseguir...

En fin, saliendo de todo su valor enjuga sus lágrimas, se arma de resolución, y no pudiendo resolverse á partir sin abra- zar á su padre, sale apresuradamente de su quarto y se encamina al del Baron, bien advertió éste que había llorado, pero no lo estrano conociendo su sensibilidad; no le hablo bastante, hijo mio, le dixo, del agradecimiento que me inspira tu remision pero puedes creer que conozco todo el precio de ella. ¡oh Feofilo! tu piedad filial asegura la felicidad de mis dias, al mismo tiempo que hará los tuyos venturosos. el Cielo oirá las rúplicas que le dirijo en favor tuyo: su revera justicia persigue y casti- ga á los hijos rebeldes; pero esto mismo debe hacer expenar justamente á un hijo como tu, sus mas ricas bendiciones... al oir estas palabras que penetraron el atormentado coraxon de Feofilo, enagenado, fuera de sí se precipita á los pies de su pa- dre. enternecido el Baron, le abraza y le bendice...; con que en este instante exclamó Feofilo con voz interrumpida, en este instante recibo... la bendicion de mi padre!...; oh padre amado, prométame Vm. no retractarse nunca!... si mi conducta en lo venidero... no correspondiere á sus esperanzas...; padre mio!... entonces compadézcase Vm. de Feofilo... verá dig- no de lástima... tengavela Vm.; pero no te eche la mal

44
dición!... - estas leyendo en tu corazón; temes que no harás feliz á la esposa
te he cogido: dexa de engañarte, hijo mio; no es el amor, es fragil senti-
miento, el que debe hacer venturosa una union que no debe acabar sino
con la vida. conozco tu virtud, tu juicio, no tengo recelo alguno. dicien-
do esto el Baron levanto á Teófilo y le abrazó tiernamente. no ha
mucho me dixistes, prouguia, que tenias algunas deudas, te he dado vein-
te mil libras, y ahora quiero añadir otra suma para tu diversion.
en ese burs hay quinientos luises, tomalos y llevatelos á tu quarto; ya
son tuyos: esta es, hijo mio, una corta muestra de la satisfaccion q-
me causa tu conducta...; ah! dixo Teófilo, no puedo aceptar esa can-
tidad... no padre mio; tengo lo que me basta. admirado el Baron de
una escrupulosidad cuya causa no podia alcanzar, hizo inútiles esfuer-
zos para obligarle á recibir aquel dinero. finalmente, Teófilo enage-
nado se repara gemiendo de su padre, y quando salió de casa creyó
expirar de dolor; considerando que no volveria jamás á ella....
tantos arrepentimientos tan amargos como inútiles!.... Llegó el infe-
liz Teófilo á casa de Derral en un estado digno de compasion.
sin embargo, volviendo á ver á la hermosa Olimpia olvido, á lo menos
por entonces su dolor y remordimientos. Olimpia abatida y consterna-
da guardaba un triste silencio; en su bello rostro se advertian los
efectos de los crueles tormentos que habia padecido en aquellos tres
dias. no cenaba Derral en su casa aquella noche; Teófilo habia
llevado consigo todas sus alhajas y un magnifico aderezo de bri-
llantes que su padre le habia regalado el dia anterior. vendió
estas alhajas á un Judío: nunca habia tenido deudas, por tanto se
hallaba con las veinte mil libras que su padre le habia dado
para pagar las que él habia supuesto. este dinero, junto con el
que le pagó el Judío, componia la suma de quarenta mil libras

que Teófilo esperaba ir aumentando empleándola con ventaja en el ^{ya} mercantil adonde iba, á establecerse. el Judio, que ~~marcho~~^{marcho} aquella misma noche á Inglaterra, había pedido un pasaporte para él, y otro para Teófilo y Olimpia, bajo los nombres del: Signor y Signora Andraggi. entregó á Teófilo el pasaporte y el precio de las joyas y diamantes y marchó.

Á la media noche Teófilo se separó de Olimpia, y fué al baile de la ópera. se despojó, y despidiendo su coche y criados, los dijo que Derrval le llevaría á su casa. de allí á un instante salió con la máscara puesta, y entrando en un coche de alquiler robó á casa de Derrval; conforme á lo que habían dispuesto, Olimpia había hecho venir una silla de porta. Teófilo conduxo, á ella á la temerosa y desgraciada Olimpia, y al instante mismo marcharon. nadie siguió las pisadas de Teófilo: había tomado varias precauciones que le aseguraban que quando se llegase á descubrir su fuga: no dudaría el Barón en creer q. se hubiere refugiado en España. Llegaron á Londres sin contratiempo alguno; el primer cuidado de Teófilo, fué bajar en esta Ciudad un sacerdote Católico; á media noche, y en presencia de dos criados, recibió con sumo gozo la mano de la triste Olimpia, la qual bañada en llanto durante todo el tiempo de la ceremonia, en nada ofrecía la imagen de una joven que se une al objeto que ama, antes mas bien parecía una víctima de la obediencia. pocos días después de su casamiento, no creyendo Teófilo estar seguro en una Ciudad Vana de Franceses, salió de Londres y tomó con Olimpia el camino de Edimburgo, dexémoslos por ahora en el fondo de la Escocia; baste saber que pasaron la mayor parte de su juventud entre la obscuridad, las lágrimas é infortunios.

Volvamos al desventurado padre de Teófilo. algun tiempo

se pasó antes de que supiere la fuga de su hijo: éste había salido de París á la hora que el Baron solia acostarse: á la mañana siguiente supo que Feofilo no había vuelto, pero no lo extrañó imaginándose que estaría con Derral. no obstante, á las diez entró á casa de éste, y le informaron que Derral al salir del baile había ido con algunos á almorzar á una casa de campo que tenía á una legua de París. entonces el Baron no esperó á su hijo hasta la hora de comer; pero á las tres de la tarde empezó á entrar en cuidado, y con sobrada razón, puesto que Feofilo, naturalmente juicioso y arreglado en su conducta, nunca había hecho una ausencia tan larga de su casa. inquieto y receloso toma un caballo el Baron, y va el mismo á la casa de campo de Derral, en donde sabe que Feofilo no estaba en ella. no pudo sacar muchas luces de Derral, quien por temor de cometer alguna indiscreción nociva á su amigo le dio á entender que había pasado toda la noche en el baile con Feofilo.

Esta circunstancia tranquilizó un poco al Baron: volvió á su casa, y fué en derecho al quarto de su hijo. hizo abrir los cofres y no hallando ni sus joyas ni sus diamantes, acordándose entonces de la situación en que la noche antes le había visto al tiempo de su despedida, no pudo ya dudar de su desgracia. todas las informaciones que vino le persuadieron que su hijo se había refugiado en España: Feofilo había dexado con mucho arte varios indicios que naturalmente debían producir este error, por tanto el Baron no dudó en creerlo si

42
y se determinó á ir á España siguiendo los pasos de su hijo.
al punto marchó, y recorrió toda la España; pero á su vuelta el
cansancio y pesadumbres le obligaron á detenerse en Zaragoza. en esta
Ciudad cayó gravemente enfermo: su convalecencia fue muy larga,
y le aseguraron los médicos que no podía restablecerse enteramente sino
iba á las aguas de Barège, por lo qual se determinó á pasar tres meses
en aquel lugar. las reflexiones dolorosas que tuvo tiempo de hacer en
aquella soledad agravaron mas sus males: el arrepentimiento acabo
de completar su desgracia; ¡perdía un hijo único y querido, y lo perdía
por su culpa! sus artificios se habían vuelto contra él, y se contem-
plaba víctima de la violencia que habia empleado contra su hijo:
entonces conoció, aun que tarde, lo peligroso que es abusar del poder; y cuán
gran necesidad es sacrificar á la ambición la equidad, el honor y la
humanidad. se hallaba dueño de inmensas riquezas; ¡pero de qué
le servían! ya no tenía hijo! acordábase con dolor de las gracias,
dulzura, y virtudes de Olimpia; no podía dexar de conjeturar que hubiera
hecho felices á uno y otro; tampoco podía condenar en Teófilo una pa-
sion que él mismo habia fomentado; y lo que acababa de despre-
miarle era la certeza en que estaba de que nunca Teófilo hubiera aban-
donado á su padre y patria sino se le hubiere querido violentar á
casarse con otra. en efecto, si el Baron se hubiese limitado á declarar
que no daría su consentimiento para la union de Teófilo y Olimpia; si
no hubiere amenazado á éste con privarle para siempre de su liber-
tad si persistía en rehusar la mano de la Condesita, no hay duda
que Teófilo, horrorado la injusticia de su padre, se hubiera sujetado
á su voluntad: y si era cierto que Olimpia fuere estimable
y digna del sumo amor que le habia inspirado, ella misma
le hubiera determinado con el tiempo á sacrificar una passion

desgraciada. todas estas reflexiones hizo el Baron. es cierto que nunca habia tenido la bárbara intencion de privar á su hijo de la libertad, y que solo habia querido intimidarle con esta terrible amenaza; pero conoció finalmente que el temor produce el disimulo, mas no la obediencia. quatro meses pasó el desgraciado Baron en Barege; despues volvió á París, esperando que aun podría volver á hallar á su hijo, y aunque se habia pasado cerca de un año desde su fuga, no omitió medio alguno para descubrir su asilo. envió á Inglaterra, á la Suiza y á Holanda á un hombre de confianza, que hizo para lograrlo las mas exáctas pesquisas, pero todas fueron vanas. entonces acabó de perder toda esperanza: una melancolía profunda se apoderó de él. varias personas le aconsejaron que volviese á casarse, y la Condesa de Sise, que era ^{su} mayor amiga, le repetia continuamente que una muger amable era el único medio de hacerle olvidar un hijo ingrato. al principio desechó el Baron este consejo; pero era aun jóven, pues no tenía mas que quarenta y quatro años; se consideraba aislado, era ambicioso y desgraciado, la oferta de un enlace brillante, y el deseo de tener hijos, le determinaron á casarse con la Condesita de Sise, la misma que estaba destinada para Teofilo. tironeábase el Baron de que le recompensaria de las desgracias de que ella misma era causa inocente; pero esta ilusion duró poco.

No tardó mucho tiempo el infeliz Baron, en conocer el genio de su muger. tenía esta harto poco juicio para hacer gala de la desenvoltura y de su inclinacion á la independéncia, tan ignorante como ociosa, su conversacion era igualmente frívola é invigida. tenía además todos los vicios propios de una coqueta que no puede disimularle que no es bonita; era envidiosa, murmuradora y de genio desigual: tenía mala cabeza, la imaginacion desarrreglada y el alma fria; finalmente, careciendo de reflexion, de principios y de sensibildad, no podía, ni hacer feliz á su marido, ni aprovecharle de los consejos de su madre.

Después que tuvo la libertad de ir sola á todas partes casi no se la veía en casa. Hacía visitas, no por cumplir sino por gastar en ellas tres ó quatro horas del día; la misma razón la hacía ir á los teatros: no hallaba gusto ni en la comedia ni en la ópera; pero como estas funciones duran tres horas, al entrar en su aposento sentía un gran gusto pensando que iba á libertarse de todo aquel tiempo. gustaba naturalmente del loto del fin; pero por grande que fuere el gusto que hallaba en esta diversion, no hubiera jugado todos los días hasta las tres de la mañana, á no ser por la agradable idea de que acostándose tan tarde se levantaría á la una del día, y por consiguiente no tendría mañana.

El Baron, gimiendo sobre la conducta de su muger, se acordaba á menudo, de que Teófilo no había huido sino por no verse obligado á casar con la misma que hacía el tormento del padre después de haber causado ~~la~~ pérdida del hijo. ¡oh Teófilo, mas que padre he sido tu tirano! yo te sacrificaba á mi vanidad: el Cielo me castiga ahora del modo mas venible, aunque el mas justo. ¡ah ahora sí que conozco quanto me engañaba en la elección que había hecho para ti, y lo fundas que era tu resistencia! el orgullo y la ambicion me cegaban, y soy los veces víctima de mis yerrores: he perdido á mi hijo, y padezco todos los tormentos que el hubiera sufrido si me hubiere obedecido.

Solo sirvió el tiempo de acrecentar los pesares del Baron, hasta tanto que su muger se entregó al desorden con tanto escándalo, que su marido de acuerdo con su familia la hizo encerrar en un Convento, en el qual murió la infeliz antes de un año. de este modo vió el Baron disuelto al cabo cinco años un largo funesto y detestado. no había tenido hijos de su segundo casamiento; se volvió á ver mas solo que nunca. determinó viajar, buscando en las provincias que no había visto objetos de distraccion

que pudieron hacerle olvidar sus penas. partió para Dinamarca embarcándose
en una nave mercantil: un huracan violento le arrojó sobre las costas de Norue
ga. hallóse la nave en medio de una multitud de isletas y con grave riesgo de
recobrar: algunos pilotos prácticos vinieron á socorrerla, y la guiaron á
una cala rodeada de altas montañas. luego que hubieron desembarcado fue
recibido el Barón en una casa que hacía parte del lugar, cuya situacion
fijó toda su atencion.

Este lugar se compone de unas treinta casas todas construidas sobre pun
tas de peñascos que entran en el mar. cada abitacion está aislada y separada
de la casa inmediata por un precipicio ó por el mar, las casas están á muy cor
ta distancia unas de otras, pero no tienen comunicacion por tierra, á menos
que no trepen por peñascos inaccesibles, en tiempo de verano la comunicacion se
hace por medio de los barcos que les sirven para la pesca, porque aunque se
hablan de una casa á otra, no pueden pasar á ella sin embarcarse. esto es cuan
to de que entre ellos niños de siete ^{años} saben gobernar una canoa. el alimento de
estos indios se reduce á pescado, pan de centeno, y una especie de tortas hechas
con miel, pasas y harina. todos ellos viven con iguales conveniencias: los hom
bres que son excelentes marineros no se cansan hasta despues de haber viajado.
el dinero que ganan en el tiempo de su expatriacion les sirve á su vuelta
para adornar sus casas segun estilo de los lugares de Holanda; luego que
en un muchacho de vuelta de sus viajes ha hecho eleccion de una compañera,
se establece para siempre en el peñasco que le ha visto nacer. en él encuen
tra la felicidad, y no concibe que haya quien vaya á buscarla lejos de sus
parientes, de su mujer é hijos. el vestido de todos los habitantes del lu
gar es uniforme; los hombres tienen vestidos azules, las mugeres llevan
correas y jubones de tela blanca con un riñete de galon de seda ó lana
azul: el peinado de las jóvenes consiste en solo sus cabellos hechos tren
zas, y sujetos con un largo alfiler de oro. finalmente, esta poblacion

es tan apreciable y digna de ver por sus virtudes y pureza de costum-
bres como por lo extraño de su situacion.

La casa en que entró el Baron era de un hombre que hablaba
bien el alemán: el Baron sabía esta lengua: su huésped era un
venerable anciano de edad de setenta y dos años, este hizo entrar al
Baron en un quarto compuesto y alhajado con mucho primor, cuya ven-
tana daba vista al mar. hizo el Baron varias preguntas al anciano: le
preguntó entre otras cosas si tenía mucha familia. si señor gracias
al Cielo, respondió él; tengo seis hijas todas casadas en este lugar, y ade-
mas tengo en casa un hijo, su mujer y siete nietos hijos suyos. — ¿no se
ha casado aun alguno de sus nietos de Vm.? — si señor; el mayor es
padre de una niña de tres años. — ¿segun eso ve Vm. los hijos de sus nie-
tos!... — y tengo la fortuna de ver todavía á mi madre... — ¿su madre
de Vm.! ¿pues qué edad tiene? — noventa y seis años; pero aun está
buena. — ¿vive con Vm.?... — si señor. — no dudo que Vm. haga
sus dias felices; pero quisiera saber, venerable anciano, si es feliz tam-
bien por sus hijos?... — ¿cómo podrá dexar de serlo un buen padre?
Los míos nunca me han sido sino motivos de satisfaccion: los he criado lo
mejor que he podido, y he procurado que se casasen segun su inclinacion;
me quieren en extremo, y eso es natural... — ¿pues qué ninguno de ellos le
ha desobedecido á Vm. alguna vez?... — nunca los he mandado
cosa que no fuese conforme á la razon, no hay duda que si hubiese usado
de tirania, habria perdido parte de mi autoridad. mire Vm. Imartin
mi hijo mayor hubiera dado muchas peralumbres á un padre ambicioso
quando volví de mis viages le propuse por mujer la hija del mas rico
vecino del lugar. padre mio, me dixo, díxeme Vm. pensarlo. algun
tiempo despues vino á hablarme: me confesó que amaba á kenilia
sobrina de nuestra vecina, yo le opeuse que era pobre: él me

repetió: yo la quiero; todos los días desde mi ventana la veo trabajar, hacer todas las haciendas de la casa y cuidar de su anciana tia. quando la encuentro perscorto y quiero acercarme a ella, al punto mismo vuelve el barco á otro lado, y nunca del mismo modo de todos los mozos del lugar, es buena, modesta, laboriosa; padre mio, yo amo á Kenilia. ¿qué podía yo responder á esto? prosiguió el anciano; póngase Vm. en mi lugar: ¿hubiera Vm. sacrificado la felicidad de su hijo á la avaricia? no lo creo; ¿qué corazón de hierro podría resistir á un hijo que suplica y pide una gracia de la qual depende la felicidad de su vida? de mi contentimiento, y se casaron; hace ya treinta años que me bendicen con el afecto del mas vivo agradecimiento. ninguno. ninguno de mis hijos excede á Ymarkin en amor y respeto. y mire Vm., después de casado me confesó que si hubiere querido violentar su inclinacion hubiera sido capaz de hacer alguna locura; se hubiera embarcado y huido de aquí para siempre: estos son los frutos de la tirania; casi siempre es causa de la rebeldia.

Grande fué la turbacion del Baron al oir estas razones, que bolrian abrir las heridas de su corazón. después de este razonamiento el riej conduxo al Baron á la sala donde estaba junta su familia. el mismo presento al Baron á la anciana Tatarebuela de edad de noventa y seis años, tierno y respetable objeto: estaba sentada en una silla en medio de sus nietos y bisnietos, era por la noche y la hora de la velada, Ymarkin sentado al lado de su amada Kenilia contaba algunos cuentos ó relaciones de viages, que las mugeres y las solteras escuchaban hilando, y que fixaban toda la atencion de los mozos que aun no habían viajado.

algun tiempo estuvo considerando el Baron aquella estimable familia, y después se retiró á su quarto. ¡desventurado de mí, decía, que me veo reducido á envidiar la suerte de este pobre anciano! yo me desconocido, he sacrificado y he perdido para siempre esa felicidad tan pura, que

22
el disfruta en el seno de su familia... ¡yo era padre, y ya no tengo hijo! ¡hubiera yo podido como este anciano hacer feliz, á mi hijo, disfrutar de su gratitud, recibir sus hijos en mis brazos, y ver crecer al rededor de mí su ventura familia!.... pero me he privado de un hijo, y me hallo solo en todo el universo.

hablando así el desgraciado Barron se pareaba por el quarto regando el suelo con sus lágrimas. unas veces se persuadía á que Teófilo ya habría muerto; le lloraba, y creía ver su sepulcro: otros se le representaba oprimido del peso de la miseria, implorando al Cielo en favor de su esposa é hijos. la fatiga y el abatimiento le obligaron á echarse en la cama, á al cabo de algunas horas, quando ya se iba entregando al sueño, despertó con el ruido que oyo de varias canciones alegres: abrió la ventana y vió diez ó doce barcas muy pintadas, llenas de hombres, de mugeres y niños. aquella pequeña flota se iba acercando á la casa en que habitaba. á este tiempo entró en su quarto el anciano, y le dixo que todas aquellas barcas estaban llenas de sus hijos y nietos. tengo seis hijos, continuó, que son los que Vm. ve con sus mandos y familia: todos vienen á celebrar los dias de mi madre. ¡Dios quiera hacerme ver hasta el fin de mi vida esta funcion tan grata para mí!... — pero no cabran todos en esta casa. — así es por eso no vivimos todos juntos; pero ayudado de mis hijos y verno voy á llevar á mi buena madre á aquel barco adornado de cintas; y luego la conduciremos á una legua de aquí en la playa del mar, en donde hallaremos una buena comida si Vm. quiere ver hombres felices, vengare con nosotros.

diciendo esto agarró al Barron y lo llevó al quarto de su madre. tenía la anciana en sus brazos un niño recién nacido. fue go que vió á su hijo, ven hijo mio, le dixo, ven á echar tu ben

dición al niño que nos ha nacido esta noche, no podrá nuestra querida Velia
 asistir este año al banquete de familia, por que á parido entanto que esta-
 bais pescando, mira, mira, ¡qué hermoso regalo nos envia! entonces enternecido
 el viejo tomó al niño en sus brazos, le besó, y re lo volvió á la anciana. después
 el viejo, ayudado de sus hijos y yernos, transportó á su madre á la barca
 que la estaba destinada, la única que tenía dorel.

Colocaron al Baron por distincion en la barca de la madre, (que asi
 llamaban todos á la anciana) y después de tres quartos de hora de na-
 vegacion llegaron al sitio señalado, hallándose entonces junta toda la
 familia, al punto la madre saltó del barco, su hijo se puso de rodillas delan-
 te de ella, pidiéndola su bendicion para él y para sus hijos. entonces la
 madre levantando sus manos tremulas exclamó: ¡oh Dios mio! concede á mi
 hijo hasta el último instante de su vida la felicidad de que me ha he-
 cho gozar! ¡haz que sus hijos sean siempre para él lo que él ha sido para
 mí! bendice, oh Dios mio, á todos estos hijos tan amantes y respetuosos que
 con las delicias de mi vejez, y corra por tu cuenta recompensar á mi hijo
 los retenta años de felicidad que debo á su amor y á sus virtudes! al acabar
 aquella buena y respectable madre estas palabras juntó su rostro al de
 su hijo entrelazando los brazos á su cuello; las dulces lágrimas que vertian sus
 ojos se mezclaron con las que derramaba el venturoso viejo: toda la
 familia se arrojó llorando, qual á los brazos de la madre, y qual á los
 del hijo. después de esta ceremonia tan piadosa, se rentaron á la me-
 sa, y al enternecimiento tan dulce se siguió la inocente alegría. aca-
 bada la comida llevaron á la madre á una pradera, en la qual
 pasaron la tarde jugando á diferentes juegos, en fin, al anocheecer
 condujeron á la madre á su casa. ¡quién verá capaz de
 expresar lo que el Baron padeció en aquel dia? sin embargo,

no pudo apartarse sin enternecerse de sus respetables miembros.
Volvió á embarcarse y salió de L^a Anje-sund mar desgraciado y
digno de lástima que nunca. el navio se hizo á la vela para Holan-
da, y llegó á Amsterdam á fines de Agosto. estuvo allí algunos días
y después fué á Utrecht. esta Ciudad dista dos leguas de la habi-
tación de los hermanos moravos. llamare así una numerosa socie-
dad de hombres y mugeres que viven juntos en una magnífica casa
situada á la entrada de un lugar llamado Tast. quiso el
Baron ver aquel establecimiento digno por tantos títulos de exci-
tar la curiosidad de un viajante. Llegó á Tast á las tres de la
tarde, y uno de los administradores de la casa se encargó de ha-
cérsela ver. era este administrador un antiguo hermano moravo
que hablaba muy bien el francés, y que satisfizo con mu-
cha urbanidad á todas las preguntas del Baron; después
de haber visto éste las salas de las mugeres y las de los hom-
bres, preguntó á su conductor si los hermanos unidos recibían
indistintamente entre ellos extranjeras de todas naciones.
si señor, replicó el hermano, de todas las naciones chris-
tianas. — no obstante vmds. son calvinistas. — es la religión
que domina; pero se toleran todas las demás rectas. — ¿qué pi-
den vmds. de los que admiten en esta casa? — pureza de costum-
bres, amor al trabajo y á la paz. — ¿se admiten también á los ca-
sados? — si señor: además de las salas que vmd. ha visto hay otra
parte de habitación para los casados; cada matrimonio tiene
un quarto bastante capaz y decente. — ¿es necesario para ser admi-
tidos saber algun oficio? — si señor, ó bien alguna habilidad útil,
como por exemplo, saber dibujar, grabar ó pintar, y además ne-

87

cedían algun dinero para los primeros gastos. no se piden habilidades ni práctica de oficio á las personas que tienen pension, esto es, que viven aquí pagando un tanto sin la necesidad de trabajar. — es regular que tomen Vmd. informes acerca de la conducta de los que quieren ser admitidos. — regularmente, á no ser que uno de los administradores salga por fiador del que desea vivir con nosotros. esta mansion feliz y pacífica es un asilo contra la tiranía: qualquiera que se ve perseguido en su patria puede, mudando nombre y dirigiéndose á alguno de los antiguos con alguna recomendacion, ser admitido entre nosotros; así es, que esta casa habrá servido varias veces de refugio á la virtud desgraciada, y los amantes perseguidos. ningun voto nos liga; somos dueños de viajar, de volver á esta casa, ó irnos de ella para siempre; pero ahora venga Vmd. á ver praequisió el administrador, lo mas curioso de nuestro establecimiento. estas últimas palabras distraeron al Baron de la cabilacion en que estaba, y le hicieron que siguiera á su conductor, el que le llevó á las tiendas, el arco y el primor es digno de notarse: se halla en ella de todo: obras de platero, paños, lienços y telas, zapatos, muebles, porcelanas y pinturas &c. Mucho le admiró al Baron la brillante perspectiva que formaba aquella inmensa catidad de tiendas. al salir de la de un eramista pasó junto á la de un pintor y entró en ella. un niño de ocho años rentado junto al mostrador era la única persona que habia en la tienda. estaba leyendo con la cabeza inclinada, y en esta actitud su pelo en bucles naturales le tapaba parte del rostro. luego que vió entrar al Baron y á su conductor se levantó, y echando sus cabellaz atrás con la mano, dexó patente un rostro tan hermoso y una fisionomia tan atractiva, que el Baron se quedó un rato inmóvil en fuerza de la admiracion que le causó. el niño fué corriendo á abrazar al hermano Admini

Trator llamándole en francés, amigo mio: ¿cómo? dijo el Baron:
¿es francés este niño? no, replicó el administrador, es Inglés; pero
habla ya tres ó quatro lenguas, y sin eso, es tan dócil, tan cariñoso,
tiene tanto deseo de aprender, y es tan aplicado que se ha
hecho el queridito de la casa; todos en ella aman á Polidoro...—
¿Polidoro se llama?— sí señor, ese es su nombre de pila...— y el
mio tambien: quiera el cielo, ó precioso niño, para tu felicidad,
que sea esa la única casa en que te parezcas á mí!...— el tono y
gesto del Baron al decir estas palabras llamó la atención de Poli-
doro; clavó los ojos en él, y de improviso se le acercó de puntillas
alzando la cabeza para abrazarle. obligado el Baron de esta acción to-
mó el niño en sus brazos, y estrechándole contra su pecho no sin alguna
turbación: ¡oh amable criatura, exclamó, qué feliz es tu padre!....
pues en verdad que no lo es; replicó Polidoro dando un suspiro... no
por cierto, añadió el hermano moravo, ha perdidó una esposa en
quien idolatraba; pero halla en este niño, en la virtud y en el es-
tudio, los únicos consuelos que le quedan despues de esta desgracia.

en tanto que esto decían, el niño derramaba algunas lágrimas acor-
dándose de su madre. enternecido el Baron volvió á abrazarle, y ren-
tándose le puso sobre sus rodillas. viendo el administrador que el Baron
hacía ánimo de estar algun tiempo en la tienda, le dijo que volvería
dentro de media hora. solo el Baron con Polidoro, se miraba sin decir
palabra, y él por su parte le consideraba con suma atención: al cabo
de algunos minutos, cogiendo Polidoro la mano del Baron se la besó
con sumo amor: ¿pues qué, precioso niño, dijo el Baron, acaso lees
en mi corazón? ¿conoces todo lo que siento al verte?... te quiero á
m. mucho, respondió Polidoro... ¿tu me quieres?... ¡oh, mucho, y

50

no adivinara Vm. por qué!...; pues cómo?... es que es Vm. muy parecido á mi papá. al oír estas palabras sintió el Baron unos latidos de corazón tan violentos, que estuvo un gran rato sin poder articular palabra; por fin, levantando los ojos al cielo, exclamó:; podría yo esperar!... el nombre de este niño, el cariño sobrenatural que me inspira, el que él me manifiesta... todo parece que me anuncia....; ah! dime por Dios Polidoro; ¿en dónde está tu papá? Lérame á verle... me ha dexado para ir á ver á uno de nuestros hermanos que está enfermo...; y ese hermano donde vive? - al lado de nuestro quarto, aquí encima de la tienda. - vamos al instante, entonces el Baron se levanta, y Polidoro tomándole de la mano salió con él, cerró la tienda y le conduxo á un quartito, en el qual hallaron á una criada á quien Polidoro encargó que fuese á buscar á su padre.

el Baron poseido de un temblor universal se sentó, tenía siempre agarrado de la mano á Polidoro. el exceso de su turbacion é inquietud daban á su semblante un ayre de locura que intimidaba á Polidoro, uno y otro estaban callando, quando de improviso oye pasos. ya viene papá, dixo Polidoro muy alegre. el Baron se pone colorado, pierde el color, se levanta, vuelve á sentarse por no poder sostenerse; abre la puerta... entra un hombre: el Baron dirige á él su vista tímida y ansiosa... nueve años de penas, sus tormentos y remordimientos, todo se ha olvidado; conoce á su hijo!... Feofilo está á sus pies.....

enagenado Feofilo, y respirando apenas, se halla con inexplicable deleite en los brazos de su padre; un sentimiento tan natural suspendió por entonces la profunda tristeza que le oprimía. siente correr por su rostro las lágrimas de su padre; oye á aquel padre tan tímido, aunque amado, repetir llorando los nombres de Feofilo y Polidoro: le

parece que recibe una nueva existencia; pero á poco tiempo un cruel recuerdo alteró aquel gozo tan puro, mezclando en amargura aquellos instantes tan dulces.

Luego que el Baron y Teófilo pudieron hablar, se dijeron mutuamente, uno, y otro, los crueles remordimientos que habian experimentado. Teófilo puesto de rodillas imploraba su perdón, en tanto que su padre bañado en llanto le suplicaba que le perdonase sus violencias y tiranías.

Finalmente, despues de haber abrazado el Baron mil veces á Teófilo, tomó en sus brazos al agraciado Polidoro, empleando en aquel niño las caricias del padre mas tierno. contemplaba Teófilo arrobado á su querido Polidoro entre los brazos de su padre; pero en medio de aquella alegría varias veces salia de su boca el nombre de Olimpia, en tónces se veían en su rostro la expresion del dolor ocupar el de la alegría: deste modo hallaba en su felicidad motivos de sentimiento.

Luego que el Baron se hubo arregado, advirtió con dolor la cruel mudanza de Teófilo: solo el corazon de un padre podía haberle conocido; el tiempo no destruye mas que la frescura de la primera juventud y la hermosura; pero las desgracias borran asta la expresion del semblante. era en vano buscar en Teófilo aquellos ojos tan vivos y expresivos en otros tiempos: toda su persona manifestaba abatimiento y languidez, tambien fueron parte para aumentar el dolor del Baron los objetos que tenía á la vista; el quarto en donde Teófilo habia vivido varios años; aquellas paredes desnudas de adornos, su pobre cama y la de Polidoro... finalmente, apretando el Baron entre sus manos la de Teófilo, le dixo: no dilatemos, hijo mio, nuestra partida; apartémonos de este obscuro asilo en donde nos semido tanto tiempo; huyamos de este quarto, cuya vista

tiene mis ojos y despende mi corazon: volamos a nuestra patria a conducir a tu hijo a la casa paterna. padre mio, respondió el triste Teófilo, quando Vm. se digna perdonarme y reconocermé, yo debo dedicarle mi vida... no hay duda que iré con Vm.... pero permítame que lleve por la última vez a Polidoro a llorar sobre el sepulcro de su desventurada madre... aquí se detuvo Teófilo, sus sollozos le embargaron la voz, no pudo el Baron responderle sino con lágrimas. ¡oh padre mio! exclamó Teófilo: será cierto que Vm. honre su memoria con un recuerdo paternal?...; ando, replicó el Baron, ve hijo, y cree que tu padre llora su pérdida tanto como tú!.... a estas palabras Teófilo abrazó estrechamente a su padre: ¡ah, te digo, si Vm. la hubiere amado adoptándola.... pero ya no vive! al decir esto, se apartó Teófilo de su padre y cogiendo a Polidoro de la mano salió del quarto apremiadamente. entanto que el infeliz Teófilo regaba por la última vez con lágrimas el sepulcro de Olimpia, el Baron prevenia lo necesario para marchar al punto; despues de haberse despedido de los administradores, él, Teófilo y Polidoro se pusieron en camino y llegaron a Vtrecht ya de noche. a la siguiente, luego que Polidoro se hubo acostado, el Baron refirió muy por extenso a su hijo quanto le había sucedido en todo el tiempo de su reparación.

Luego que el Baron hubo acabado la triste narracion de sus desgracias, Teófilo tomando la palabra le refirió las suyas. Despues de haber pintado sus remordimientos y el dolor que había experimentado al apartarse de su padre. entró en el pormenor de su fuga, de su llegada a Londres, de su casamiento y de su viaje a Ercocia: luego que llegaron a Edimburgo, prosiguió Teófilo, tomamos la precaucion de volver a mudar de nombre. de allí a poco en

tré en algunas empresas de comercio; pero como no tenía conocimiento alguno de los hombres ni de los negocios me engañaron y me engañé yo mismo, de suerte que en menos de ocho meses perdí y gasté mas de la mitad del dinero que había sacado de Francia. entretanto mi mujer iba acercándose al tiempo del parto, y á los diez meses de nuestro casamiento parió á Polidoro. luego que me vi padre acabé de conocer cuán horrorosa era mi situación: regué con mis lagrimas aquella criatura tan amada, y la pasión que me inspiraba era el mas cruel torcedor de mi afligido corazón; al tiempo que le abrazaba mil veces con todo el afecto que un padre puede sentir, era tal mi desgracia que no podía dar gracias al cielo por que me le había dado: encerraba con cuidado dentro de mi alma estas penas, ocultándolas sobre todo á mi esposa; quería yo que ella me creyese contento con mi suerte, por el qual me veía privado de manifestarle mi corazón, ya había yo perdido todas las ilusiones que me habían alucinado: ya no era Olimpia á mis ojos mas que una tierna y virtuosa amiga. el amor perdía en fin el dominio sobre mi razón; la amistad sólida hubiera podido hacernos mas felices: ¿pero sin una confianza íntima de qué alivio puede servir en los pesares?

es cierto que la igualdad de génio y tierno amor de Olimpia hubieran podido tranquilizarme. desde el instante en que recibí su mano hasta los últimos de su vida nunca salió de su boca la menor queja; nunca me afligió con reflexiones tristes, ó empleando alguna reconvenccion indirecta. me hablaba muy á menudo de su felicidad, y aparentaba creer que yo participar de ella; pero es muy natural suponer en otros la divisió-
lacion que uno mismo emplea. varias vezes la sorprendí estando sola bañada en llanto: entonces sí la preguntaba la causa, era temblando, y la oía con desconfianza. siempre atribuía á un exceso de sensibilidad aquellas lagrimas; entonces me era preciso fingir q. la

creía, y esta era otra pena mas: de este modo pasamos tres años en Escocia. Al
cabo de este tiempo, ya casi del todo dirigido el dinero que yo tenía, me resolví
á poner en el fondo perdido sobre la vida de mi muger y de mi hijo quince
mil libras que me quedaban. mi muger debía volver á Inglaterra, yo vine en
ello, y marchamos sin dilacion. luego que llegamos á Londres no pensé mas q. en
colocar bien los tróter restos que me quedaban de mi naufragio, aquellas quince mil
libras que podían asegurar la subsistencia de mi esposa é hijo. concluido este nego-
cio como yo debía, nos retiramos á un lugar poco distante de Londres, en don-
de hubiera podido conocer la felicidad, á no ser por los crudos recuerdos que
me privaban del sosiego. no echaba yo menos las riquezas ni la magnificencia,
y si solo la gloria: gemía al verme á veinte y dos años expatriado, sepultado
en una aldea con la triste víctima de mi locura, y un niño infeliz destinado
á vivir en el abatimiento y miseria. tampoco podía apartar de mi imagi-
nacion la idea penetrante de las penas que causaba á un padre: me parecía,
padre mio, que le veía á Vm. expirar de dolor, maldiciendo al hijo culpable
que le habia abandonado. esta horrorosa imagen: de dia me oprimía, y por
las noches me espantaba con las sueños mas funestos. mil veces me he desper-
tado bañado en sudor frio en medio de las convulsiones, el terror y desespera-
cion: gritando: ¡padre mio, no acabe Vm. esa horrible maldicion!.... grito
terrible del recordimiento que turbaba á menudo el sueño de mi hijo,
penetrando hasta lo intimo del corazon de la sensible y desventurada Olim-
pia.

dos años se habian pasado despues de nuestra vuelta á Ingla-
terra, quando un suceso imprevisto nos sepultó en el abismo de las desgracias.
el hombre en cuya casa habia puesto mis quince mil libras, quebró, perdién-
do yo de este modo quanto poseía en el mundo.... excuso á Vm. padre mio,
la pintura de lo que padecí en aquellos primeros instantes... hallé en fin
en los sentimientos de esposo y de padre el valor que necesitaba. habia

63
aprendido á dibujar en mi juventud; esta habilidad que era todo mi recreo en mi
soledad, fue un recurso útil en mi desastre. yo conocía en Londres á un célebre gra-
vador; á éste pedí me buscase trabajo, como lo hizo, y seis meses después satisfecho de
mi habilidad, me ofreció un alojamiento en su casa, que yo acepté. era este un her-
mano moravo, y había estado quatro años en Tást: me hablaba á menudo de este
establecimiento; de suerte, que en breve determiné retirarme á este asilo: Olimpia
manifestó el mismo deseo. hablamos á nuestro generoso protector, el qual nos reco-
mendó muy particularmente á los administradores, y fuimos recibidos. Luego que
llegamos á Tást dexó Olimpia su vestido á la Inglesa, para ponerse el unifor-
me de la casa. no puedo explicar lo que sentí al verla por la primera vez
cubierta de aquel teso sayal.... su belleza en aquel traje sobresalía mucho mas:
mirábala yo con un enternecimiento doloroso, y ella que leyó en mi corazón, queriendo
distráerme de aquellas crueles ideas, me aseguró estaba muy contenta con su nuevo
vestido, y que nunca había llevado otro mas de su gusto. me arrojé á sus pies
regando con mis lágrimas la mano que me alargaba, y ella me abrazó diciendo,
que no alcanzaba la causa de mi aflicción; pero en tanto que decía esto el llanto
inundaba su hermoso rostro.....

no pude hallar en Tást ni la felicidad q. había perdido, ni el sosiego
que misa de mí. consagré á la educación de mi hijo todos los instantes q. no
empleaba en el trabajo: amaba tiernamente á este niño; pero aun este senti-
ento tan natural era para mí un manantial inagotable de penas. aun quando
hubiere podido considerar sin horror su suerte venidera, ¿cómo podía esperar de mi
hijo una sumisión que yo no había temido con mi padre? ¿cómo podía lison-
jearme de que el cielo me hubiere dado un hijo dócil y agradecido? estas pen-
samientos tan crueles despedazaban mi alma; pero en breve un temor espán-
toso é inopinado me hizo conocer que aun había para mí penas mas crue-
les q. todas las que había padecido en el tiempo de mi expatriación.

la salud de Olimpia iba decayendo visiblemente, pero ella conservando siempre su acostumbrada dulzura, jamás se quejaba. me respondía constantemente q. no tenía mal ninguno: con todo hice venir de Vtrecht un médico que al principio calmó mis inquietudes; pero pasado tres meses pareció entrar en cuidado, y pronunció en fin la terrible sentencia q. me entregaba á un dolor eterno mucho tiempo había que Olimpia conocía su situación: la religion y el infortunio le hizo arrostrar la muerte con serenidad. un sacerdote que vivía en Vtrecht venía á verla en secreto. le tuve en mi quarto tres dias.... ¡ah! ¡quién podría borrar jamás de mi memoria el horroroso recuerdo de aquellas tres desolables dias!... no tendré padre mio, el valor de pintar aquellos instantes llenos de horror, y le he tenido para vivir!... pero Olimpia me impuso esta ley.... mi vida era necesaria á mi hijo... tome vñd, prosiguió Teófilo vertiendo un mar de lágrimas, tome vñd, lea esta carta; este escrito sagrado para mí, encierra la última voluntad de Olimpia: su confesor me la entregó en el instante q. el exceso de mi desesperacion iba sin duda á precipitarme. diciendome esto sacó el desventurado Teófilo de una cartera la carta q. Olimpia le había escrito el dia antes de su muerte. el Baron sofocado con la abundancia de sus lágrimas se arrojó en los brazos de su desgraciado hijo: tomó en fin la carta de Olimpia, y despues de haberle enjuagado los ojos, leyó lo siguiente:

«He querido saber la verdad... acaban de decirme que este dia
» será quizás el postrero de mi vida...; Teófilo!... con que para siempre
» voy á desaparecer de tu vista! el vínculo sagrado que nos une, esta noche
» ó mañana se verá disuelto! mañana, Teófilo y Polidoro se apartarán
» para siempre de Olimpia!...; ah! que á lo menar estos reglones me
» traigan á la memoria de mi exilio y de mi hijo, que sirvan para mani-
» festarme mis verdaderos sentimientos, y el fondo de mi corazon, y q. esta

61
11 confesion mia, haciendo á Teófilo que ame cada vez mas á la virtud, pueda
11 ser una leccion útil para mi hijo. ¡Oh tú que me has sacrificado todo, tú á
11 quien he privado de padre, familia y patria! ¿cómo has podido creer ni un
11 solo instante que yo estuviere resignada con mi suerte?... no, Teófilo, había
11 yo leído en tu alma, conocía tus penas, y te ocultaba las mías, q. han sido
11 mucho mayores. entrambos hemos conocido la voz de la razon en el pro-
11 fundo abismo en donde nos precipitaron las pasiones; nuestros yerroos han
11 destruido la ilusion que nos ha perdido. ¿y quién podrá mejor que los remor-
11 dimientos hacer renacer la razon y la verdad?... el amor te hizo fal-
11 tar á las mas sagradas obligaciones; pero en breve recobró la naturaleza
11 todos sus derechos, y ya no considerabas en la triste Olimpia mas que el objeto
11 infeliz, causa de todas tus penas, y cómplice de tus yerroos. perdiendo tu
11 amor no he podido siquiera ver tu amiga. ¿qué confianza puede haber en-
11 tre dos culpados q. conocen sus errores, que gimen sobre su ceguera, q. ve-
11 ren imposibilitados de expiarla, y que se atribuyen mutuamente sus
11 desgracias?... era preciso callar; pero qué esfuerzo! ¿y qué poneros fue para
11 mi alma! ¿cómo, despues de siete años, este corazon únicamente ocupado en ti,
11 y en mi hijo, este corazon desgajado no se ha atrevido jamás á mani-
11 festarte un solo instante! siempre solos, y siempre juntos, el cuidado de en-
11 gañarnos y de disimular ha sido nuestra principal ocupacion... la razon, la
11 compasion y la amistad misma nos imponian esta ley...; la amistad nos pro-
11 hibía la confianza!...; situacion igualmente rara y rigurosa!...; y podré
11 llorar mi muerte!...; ah Teófilo! la idea de una eterna reparacion es sin
11 duda alguna terrible y dolorosa, pero quando conocieres quán grandes son
11 los tormentos de q. me libra la muerte, no es creíble que gimas sobre el
11 destino que nos aparta...; y cómo es posible sobrellevar la vida viendo á
11 lo q. se ama en la mayor desgracia, y viendo nuestros males nuestra pro-

» pia obra? yo sola soy la causa de nuestras desgracias; mi imprudencia dió á tu
» padre pretextos y justas causas de faltar á su palabra. yo habia perdido mi
» reputacion; tu padre me negó por hija, y podia hacerlo justamente. no hay duda
» q. la ambicion le hizo tiránico; pero la naturaleza le habia dado una auto-
» ridad sin limites y de q. podia usar: tu no podias revelarte sino faltando á la
» mas santa de todas las obligaciones... ¡ah!; si consultando mas la razon hu-
» bieras abjurado el inoventado y culpable proyecto de huir y abandonar la casa
» paterna, el tiempo y tu constancia, no lo dudas, hubieran ablandado á tu pa-
» dre!; por qué añadir la tricion á la desobediencia? por qué no le decias:
» mi corazon ya no es mio, vñ. mismo me ha hecho entregarle; no puedo dis-
» poner de mi mano sin su consentimiento. vñ. me niega la licencia q. imploro,
» me someto á ese rigor; pero no exija vñ. q. me haga perjuro, no me obligue á
» formar otra union, y por mi parte le prometo no volver á ver el objeto de
» una pasion desgraciada.... he aquí el saludable consejo q. yo hubiera debido
» darte quando fuistes á participarme tu funesto desigüis. declarándolo todo á
» tu padre, y hablándole con una noble sinceridad, no hay duda que le hubie-
» ras irritado pero, te amaba. lo mas q. pretendia quando te amenazaba y
» se mostraba inflexible era amedrantarte. ¿hubiera podido resolverse á pri-
» var de la libertad á su hijo único y toda su esperanza? no, no lo creas;
» seguro de tu firmeza y constancia, tarde ó temprano hubiera condescendido
» con nuestros deseos... ¿es posible que ex el instante de perdernos no nos haya
» ocurrido este pensamiento? pero me amenazabas con quitarte la vida; el
» espanto me privaba de la reflexion, y el amor te cegaba. si yo hubiere teni-
» do algo mas de juicio y experiencia hubiera podido convencerte; á pesar de
» mis temores estaba loco de creer todas las tormentas q. me precedido. si yo
» hubiera podido leer en lo venidero, te hubiera convencido de q. valia mil
» veces mas renunciar el uno á al otro, anulando nuestros mútuos juramen-

27
tos, que no precipitarnos en este abismo de males. supongamos q. yo hubiese
tenido bastante valor para determinarte á casar con la Condesita q. tú aborre-
cias; supongamos q. la Condesita hubiese justificado tu aversion con su con-
ducta: con todo; qué consuelo no hubieras hallado en tí mismo y en el seno
de tu padre! qué distracciones no hubieras hallado en el mundo, en las
diversiones y en los negocios! los sentimientos de la naturaleza hubieran lle-
nado tu corazon, é ilustrado tu vida: hubieras en fin conocido la dicha de
tener hijos, y de poder decir: les daré una excelente educacion, les dexaré
quantos bienes, y un nombre q. nadie podrá disputarles..... y yo vol-
viéndome á mi Provincia llevaba por consuelo mi inocencia y el recuer-
do de un sacrificio virtuoso...; ah, si en el instante en q. me arrastrabas á
mi perdicion, una amiga compasiva me hubiese hecho estas reflexiones!....
pero huérfana, infeliz, me veía privada de mi único apoyo; mi Fia-
había muerto; no tenía quien me guiase, y amando el honor y la vir-
tud, he sacrificado uno y otro....; oh Polidoro! algun dia leerás esta
carta: sirvate para desconfiar de tí mismo, sirvate para conocer q. el
talento y la intencion pura no pueden servir de experiencia; sirvate en
fin para convencerte de q. las pasiones no hacen mas q. extraviarnos, y
cree firmemente q. solo en la práctica de la virtud se halla la verda-
dera felicidad...; adios, Tesifilo!.... me atrevo á esperar q. tu suerte en
lo venidero será mas feliz... tu padre vive...; ah, no sea parte mi me-
moría para turbar vuestra felicidad, si el cielo permite q. vuelvas á
verte!..... considera q. aun quando tu padre me adoptase y recono-
ciese por hija, no podría hacerme feliz...; con qué rostro me atrevería
yo á presentarme delante de las gentes?... tú puedes presentarte sin
vergüenza: sin duda eres culpado, pero te queda el honor... y la mu-
jer á quien el amor alucina y extravía, queda envilecida, he vivido

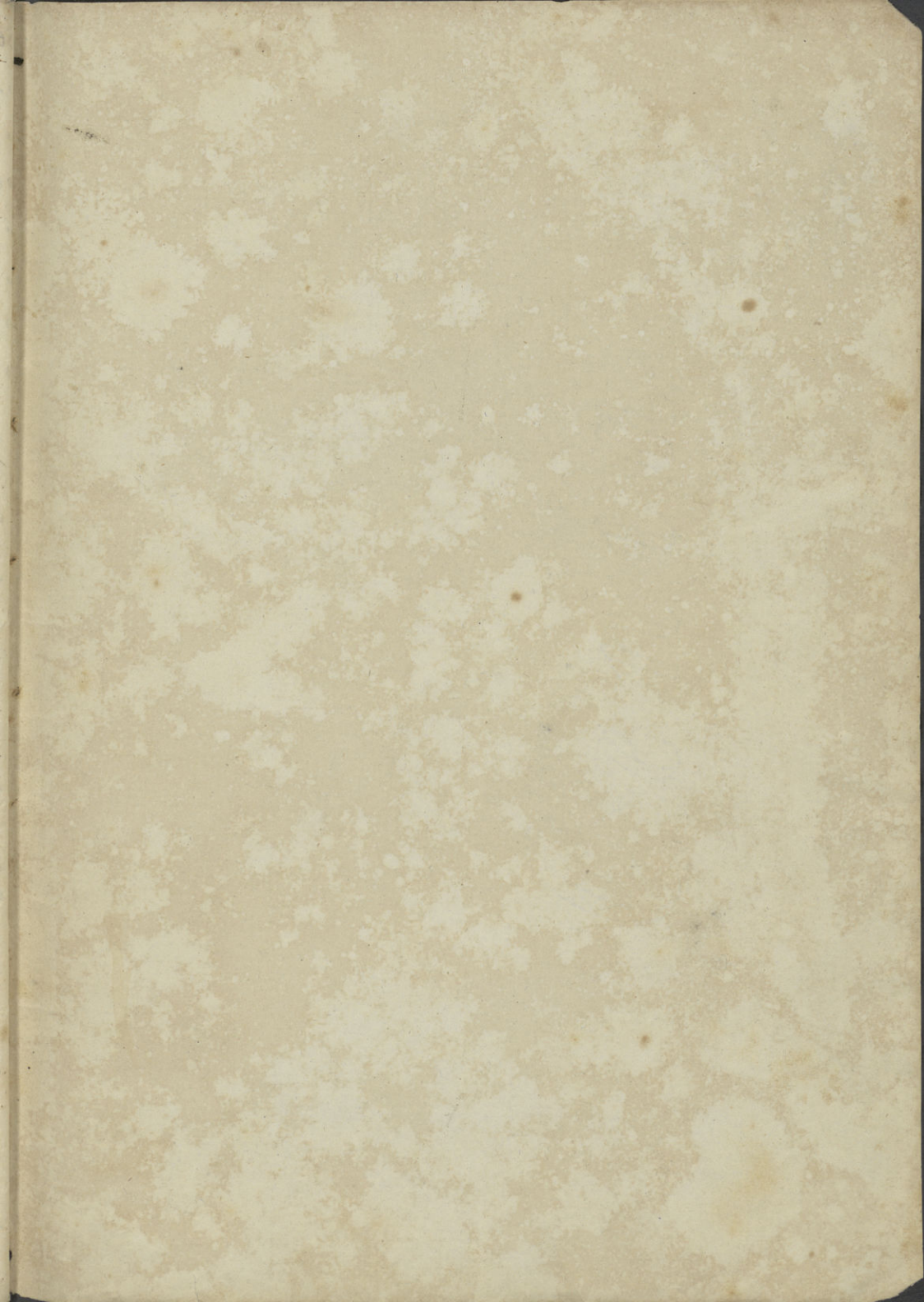
» en la obscuridad devorada de remordimientos, pero á lo menos no he tolerado ni el peso
» de la venganza, ni el horror del desprecio público.... no he visto á mi esposo aver-
» gonzarse del lazo fatal que nos une.... tal es mi suerte...; no hay suceso q. pueda
» volverme la felicidad, ya no la hay para mí en la tierra!....; adios querido y
» desgraciado Teófilo!.... vive para tu hijo, sirvate ese hijo querido de consuelo
» en las penas q. te ha causado su madre! este es el postrer voto de mi corazon....
» sirvate la religion q. me fortifica para consolarte... Dios reprobo nuestra union,
» él nos repara... adorémos su justicia y sujetémonos..”

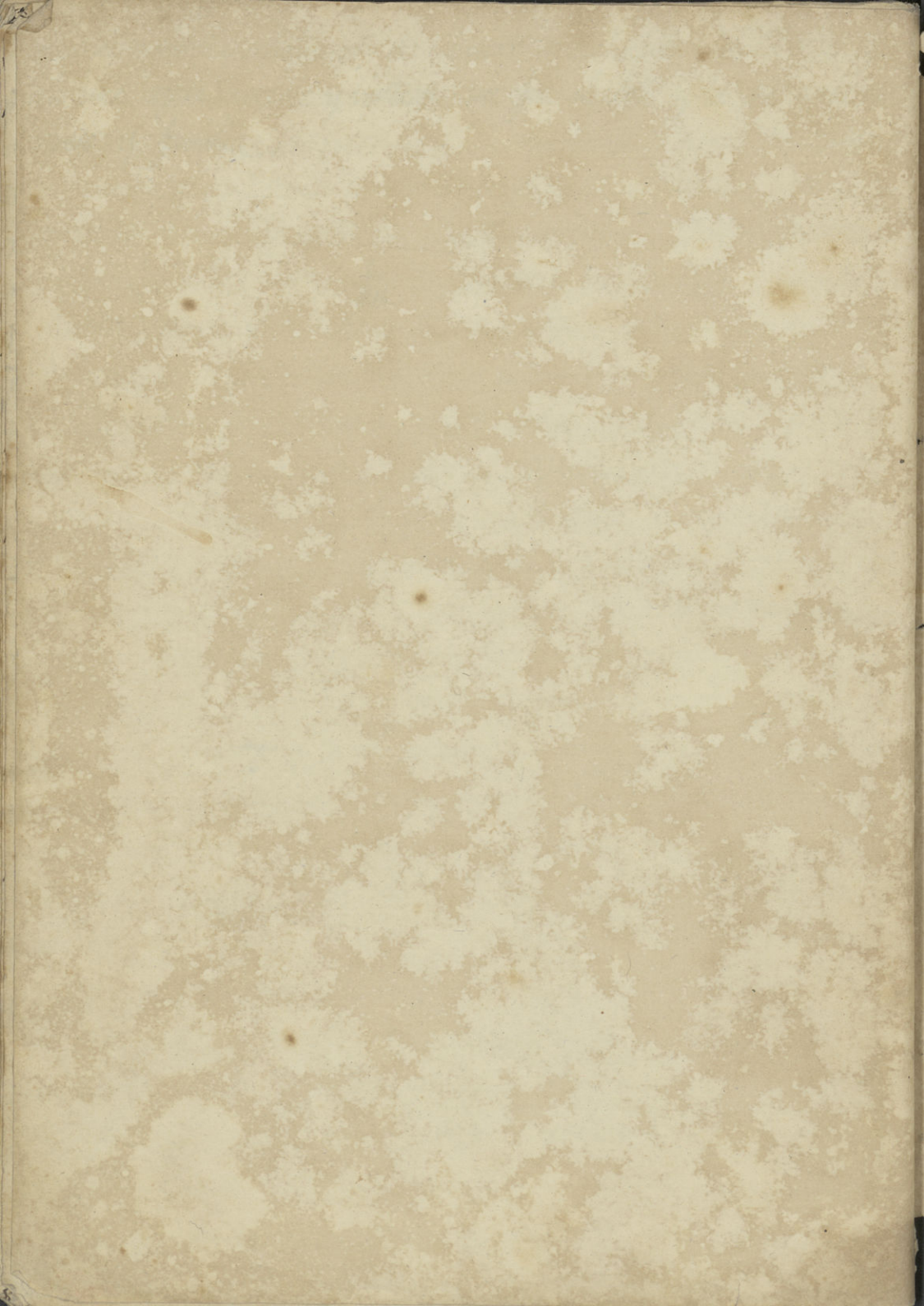
; ah, exclamó el Baron despues de haber leído esta carta, querida Olimpia,
víctima desgraciada de mi injusticia y ambicion!; de qué felicidad me he privado
á mi misma rehusando adoptarte por hija!; oh hijo mio, vuelvo á encontrarte,
pero no podré hacerte feliz!; y aun yo podré serlo?... pobre mio, respondió Teo-
filo, yo le consagraré á Vm. mi vida; pero renuncio para siempre el mundo:
retirado, oculto en la casa paterna, solo para Vm. y para mi hijo quiero vivir: pues
bien; dixo el Baron, dediquémonos enteramente á la educacion de Polidoro:
pase lejos del mundo su niñez y los primeros años de su juventud: formemos en
la soledad su corazon y entendimiento: conozca las delicias de la vida cam-
pestre y de los placeres sencillos, para que algun dia quando se halle en me-
dio del tumulto y de una vana dissipacion, pueda buscarlos como los
únicos placeres puros y verdaderos.


aprobó Teófilo con gusto un proyecto tan conforme á su inclinacion,
y se puso en execucion al instante. compró el Baron una hacienda á
cien leguas de París, y se retiró á ella con Teófilo y Polidoro. si algunas
memorias tristes le impidieron de disfrutar una felicidad perfecta, halló
á lo menos toda aquella de que podia gozar: el cuidado y la suma
ternura de su amado Teófilo, y las virtudes del joven Polidoro, hi-
cieron el consuelo y delicias de sus últimos y venturosos dias. tuvo

antes de morir la satisfaccion de asegurar la dicha de Polidoro, escogien-
dole una esposa amable y virtuosa, que fue el idolo y la gloria de su
esposo y familia.

fin





Biblioteca  Valenciana



31000020134394

